

MISCELANEA

HOMENAJE DE LAS ACADEMIAS NACIONALES AL MAESTRO LUIS BELTRAN PRIETO FIGUEROA

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DIRECTOR DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, DOCTOR GUILLERMO MORON, EL DIA 2 DE FEBRERO DE 1987

“Se terminó de imprimir este libro en los talleres de la Cooperativa de Artes Gráficas de Caracas el 28 de julio de 1936”. Así reza el colofón del famoso ensayo *Psicología y Canalización del Instinto de Lucha* que el autor había leído en el Ateneo de Caracas “hace ya poco más de un año”, es decir en 1935, antes de la muerte de Juan Vicente Gómez, antes de que finalizara aquel extraño siglo XIX venezolano de ciento cinco años, 1830-1935. De acuerdo con la cronología bibliográfica del autor, dos títulos preceden a ese de 1936: *La delincuencia precoz*, 1934, tesis para optar al título de Doctor en Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad Central de Venezuela, y *La adolescencia, problema psico-pedagógico*, también de 1934. Este último no está incluido en *Señales contra el odio*, la recopilación de 1963 publicada por el *Consejo Venezolano del Niño*.

En aquel estudio clave de 1936 hay un liminar firmado por Mario Legrand, pseudónimo, nombre de batalla, de Carlos Beltrán Morales, el educador boliviano residenciado en Venezuela, compañero de luchas y de ideario de nuestro gran homenajeado de hoy, Luis Beltrán Prieto Figueroa; aquí, en Caracas, murió aquel maestro el 30 de abril de 1949. Nuestro autor le dedicó uno de sus ensayos en 1954: *Carlos Beltrán Morales, Profesor de la Escuela Nueva en América*.

En 1920, a los 18 años, comenzó el Maestro Prieto Figueroa su labor principal en esta vida, maestro de escuela, allá en su pueblo de La Asunción, la vieja ciudad margariteña; son, por cierto, los margariteños los más antiguos de nuestra estirpe venezolana, los primeros en formar pueblo, los primeros en construir ciudad de ladrillos y piedra y cal y canto, los más viejos poetas son de la isla. Las margariteños son, ciertamente, los primeros venezolanos.

Dos direcciones imprime este maestro de escuela a su magisterio: una, en la acción inmediata, para darle a la batalla por la educación un eje real, político, de doctrina y de organización. Por eso es fundador de aquella Sociedad Venezolana de Maestros de Instrucción Primaria, predecesora y matriz de la Federación de Maestros de Venezuela, creatura suya. La organización del magisterio es una herramienta para la lucha. Desde la Primera Convención Nacional del Magisterio Venezolano, que tuvo lugar en Caracas en los ardientes días del 25 de agosto al 5 de septiembre

de 1936, esa lucha no se detuvo: de ella nació el andamiaje legislativo e institucional que ha hecho de la educación venezolana de este tiempo el guarapo fuerte de nuestro desarrollo. Sin las Leyes de Educación, sin los asientos de una nueva concepción de la escuela, sin el proceso de transformación de la mentalidad del educador y del educando venezolanos, producto material e intelectual del trabajo de Luis Beltrán Prieto Figueroa, no podría comprenderse la historia contemporánea de Venezuela, esto es, nada menos, que la historia que va, y viene, de 1936 a 1986. Pero la sola acción gremial no basta. El gremio sirve para canalizar el instinto de lucha, como lo explica teóricamente en su ensayo. Todo el antiguo instinto de lucha consustancial con el venezolano, no sólo en la guerra, y tuvimos demasiadas, sino en la vida cotidiana. Orientar esa potencia natural es tarea de la escuela, para todo el pueblo. Orientar, en el maestro, ese sentido de la vida, fue tarea asignada al gremio, a la Sociedad y a la Federación. Cuando en 1938 publique su pelear libro *El maestro, eunuco político*, estará reivindicando la libertad del maestro para militar, para adherirse a causas políticas, para defender su posición y su ideología, cualquiera que ella sea. Pero la sola acción gremial no es suficiente. No se trata de convertir al maestro en activista, ni al estudiante en ficha de partido, ni al Gremio en falange. La tarea es de orden educativo. Por eso la necesidad de la otra dimensión en la inmensa tarea pedagógica que se propone, como proyecto vital, aquel maestro de escuela, graduado luego en la Universidad como Doctor en Ciencias Políticas, y que en 1936 cumplió treinta y cuatro años. Abrió, con su juventud, con su inteligencia y con su vocación de servicio, las puertas de la contemporaneidad pedagógica en Venezuela. Y esa segunda dimensión de su tarea es la reflexión organizada, sistemática, científica. La herramienta, en este caso, son los libros. Los libros para expresar el pensamiento. Los libros para aclarar las ideas. Los libros para penetrar en el denso bosque analfabeta heredado del siglo XIX. Los libros como avanzada para la inteligencia. Nadie tuvo tanta fe en los libros, en la Venezuela amanecida a las libertades contemporáneas, como este humanista verdadero y profundo que es Luis Beltrán Prieto Figueroa.

Si a ver vamos, la simple enumeración de los libros escritos entre 1934 y 1986 bastaría para comprender la magnitud de la obra intelectual y moral de nuestro Maestro. Como si aquella necesidad de enseñar a su pueblo le hubiera tomado por entero la inteligencia y la voluntad. En primer lugar, por razones de vocación y también porque en 1936 lo primordial —después de salir del túnel de la dictadura y aún antes que ello— es la educación. Se había detenido el país en una larga depresión. El siglo de las máquinas, del ferrocarril, del progreso, del liberalismo y de la democracia, se convirtió en Venezuela y en gran parte de América Latina, en tiempo de estancamiento. Las guerras civiles, las dictaduras, los tímidos experimentos sociales no dejaron al país otra alternativa que la de sobrevivir. En el inmenso territorio heredado, una población de dos millones en 1830 y tres millones y medio en 1936 mantiene a duras penas el hilo de la historia. Unas cuantas luces, unas señales de vitalidad, un anhelo de ser, permiten al pueblo venezolano llegar con aliento a la raya de la historia contemporánea, a ese año de transición, como le llamó en lúcido estudio el escritor Ramón Díaz Sánchez, con atisbo cierto de la verdadera significación histórica de aquella fecha. No es sólo un año bisagra en nuestro proceso. Es también un punto clave, un fundamento en el proceso. Una

época histórica puede ser identificada por los denominadores comunes. He tratado de explicar en diversos lugares, y no sólo en la *Historia de Venezuela*, cuáles son esos denominadores comunes de nuestro siglo XIX, de esa nuestra fallida historia moderna venezolana. Porque fuera de algunos modestos intentos de crear la fachada de la modernidad con la luz eléctrica, con el Capitolio, con el Panteón, con el Fonógrafo de Maracaibo y con la enseñanza del francés en los Colegios, toda otra posibilidad de desarrollo naufragó. La lucha entre la dictadura y la democracia quedó en los campos de batalla, el pueblo descalzo y a pie, los caudillos con botas y a caballo, listos para convertirse en estatuas. La gente venezolana se confundió con la tierra y con el monte, ruralizada la civilización, agotado el ejercicio de la libertad en los sumisos Concejos Municipales, restos de aquella vigorosa presencia de los Cabildos provinciales de los siglos formadores, la cultura se refugió en la lengua popular, allí oculta, escorada, a la espera del tiempo. La educación, vanguardia de la cultura, se contrajo a la casa familiar, al maestro de escuela autodidacta, a los Colegios Federales convertidos en universidades, porque las Universidades de Caracas y de Mérida se encogieron, se redujeron a la minoría angostada, justo cuando —a partir de 1827— tendrían que haber sido el centro de la expansión. El analfabetismo, la pobreza y las enfermedades conforman la triste ingeniería social del siglo XIX, entre 1830 y 1936.

Pero como los pueblos resisten, el venezolano sobrevivió. Resistió en el idioma común, resistió en el trabajo del campo, resistió en el culto a los héroes, resistió en la fe sostenida por la libertad, resistió en las tradiciones, resistió en los maestros de escuela, mal pagados, mal tratados, sin libros apenas, casi sin pizarrón y sin tiza, haciendo de tripas corazón, como aquel maestro Iginio de mi pueblo de Cuicas, que en las vacaciones iba a enseñarnos las reglas de la aritmética y de la gramática y las otras reglas para vivir honradamente, con sus anteojos al aire, su único flux de dril blanco, un bastón y descalzo. Iba a enseñarnos a remachar la enseñanza escolar, sólo para poder comer la solitaria arepa con miel de panela, el magro desayuno de la casa pobre de una maestra de escuela como él. De esa pobreza y de esa voluntad de sobrevivir viene el pueblo venezolano de 1936. A ese pueblo ha dedicado todas sus fuerzas, toda su inteligencia, todos sus saberes, toda su bonhomía, el maestro de escuela Luis Beltrán Prieto Figueroa.

El aula de la escuela del pueblo, el aula de los Colegios de Caracas, el aula del Instituto Pedagógico Nacional de Caracas donde yo le conocí de cerca por primera vez, se transformaron en un aula única, el país, porque sus tareas políticas como dirigente de partido, como Secretario de la Junta Revolucionaria de Gobierno presidida por el último gran Caudillo histórico, Don Rómulo Betancourt, sus quehaceres como parlamentario, no le apartaron nunca de su central preocupación, de su surco principal en la vida, la educación. Y diría más en relación con la figura política de Luis Beltrán Prieto Figueroa; diría sin sombras de duda, que sus trabajos políticos, sus luchas como conductor del pueblo hacia las libertades y hacia las liberaciones, han estado y están a esta magnífica edad y presencia suya en todo nuestro ámbito social, justamente al servicio de la educación. Cuando publica su hermoso libro *La Política y los Hombres* sigue esa ruta de maestro de escuela que quiere desarraigar malas hierbas, que quiere arar bien y sembrar mejor,

limpiar adecuadamente la cosecha, dar una lección del mejor modo, con el propio ejemplo y con la palabra clara. Aquí, en este libro, también es educador. Dice "En este libro más que ciencia hay experiencia y, junto con las ideas, palpitan sentimientos que quieren ser forma de inspiración de una solidaria manera de interpretar el propósito que ha hecho de la política ciencia de dirección o arte de conducción de los pueblos, para que alcancen con ella, y mediante ella, la realización de anhelos soterrados o de aspiraciones libremente manifestadas". No sólo ideas, sino también sentimientos, a diferencia de los dirigentes que no tienen sentimientos, que no sienten a la gente común, que utilizan al pueblo para la guerra o para la paz acomodada a los intereses del ejercicio del poder y del prestigio, "componedor y mentiroso, que hace de la política una industria para su aprovechamiento" castiga sin ambages la palabra del Maestro. Esta obra de Prieto Figueroa, que me gusta por la expresión y por el contenido, se convierte, pues, en libro de reflexión didáctica; tal vez todo buen libro se presta para la reflexión didáctica, para aprender y para enseñar y para aprender a enseñar y para comprender. En la segunda parte están los ejemplos didácticos, las figuras cuya historia es bueno conocer en el contexto de la formación del país. Esos hombres allí biografiados y exaltados son gentes que tienen vidas ejemplares. Escribe en el Prólogo nuestro autor: "Desfilan junto con Andrés Eloy Blanco, Rómulo Gallegos, Mariano Picón Salas, Sarmiento, Juan Jacobo Rousseau, Don Simón Rodríguez y el doctor José M. Vargas, la delicada vida de Antonio Pinto Salinas, el combativo trabajo de Luis Troconis Guerrero y la denodada entrega de Alejandro Oropeza Castillo. De todas esas vidas puede extraerse alguna forma de comportamiento ejemplar, pasión desvelada de servicio y las ideas conductoras para una política de vigilante actitud frente a los destinos de la República". La lección permanente, la búsqueda de la norma ética, la aplicación práctica extraída de su cantera. También en ese libro se encuentra un estudio de carácter constitucional, que debiera consultarse ahora mismo por los dirigentes del Congreso. Se trata del Capítulo *Las inmunidades parlamentarias*. El Congreso de la República ha adquirido, por primera vez en la historia, la dimensión propia que quiso conquistar en 1848, en 1858, en 1863 y tal vez en alguna otra ocasión, pero que sólo el ejercicio continuo de la democracia representativa podía otorgarle. Ahora hay congreso verdadero en la República. Para lograr esa realidad necesaria, las inmunidades aseguran la libertad del parlamentario. Cree el maestro Prieto Figueroa que ha de vigilarse celosamente esa independencia, tanto como el comportamiento ético de quienes gozan de la inmunidad. Este ensayo es medular en el libro *La Política y los Hombres*, por la doctrina, por la exposición y por su sentido ético. ¿Puede haber enseñanza sin ética? A lo largo de las prédicas de Prieto Figueroa en ponencias, en discursos, en conferencias, en estudios, en folletos, en libros, en artículos y en las simples conversaciones, insiste en la fundamentación ética de la enseñanza. Una educación ética es, necesariamente, el cemento de toda acción vital, en la profesión, en el oficio, en la calle, en la casa, en la fábrica. La vida requiere de un componente básico: la ética.

El Licenciado Rafael Fernández Heres, historiador de los procesos educativos venezolanos, escribe ahora una *Historia de las Ideas Pedagógicas en Venezuela*. La Tercera Parte del Volumen III está dedicada al estudio de la denominada Escuela Nueva, cuyo meollo filosófico es El Estado Docente. El centro de esa concepción

de la pedagogía, predominante hoy en el país y en todas partes de nuestro mundo, con las matizaciones y diferencias propias de tiempo y circunstancia, es el trabajo ideológico y práctico del maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa. El Capítulo 2 del Volumen de nuestro Individuo de Número en la Academia Nacional de la Historia se titula así: *Luis Beltrán Prieto Figueroa, por el niño, por el maestro y por la escuela*. No se trata de la narración de los hechos en los cuales nuestro homenajeado ha estado presente como primera figura, en la Federación Venezolana de Maestros, en el Ministerio de Educación, en el Instituto Nacional de Cooperación Educativa, en el Instituto de Previsión y Asistencia Social del Ministerio de Educación, en todas las instituciones y movimientos y luchas por mejorar las condiciones y posibilidades del niño, del maestro y de la escuela, en ese orden, sino en lo otro, en la formulación de la filosofía y de la doctrina, en la redacción de la Constitución, de la Ley y del Reglamento, y en la formulación, en consecuencia, de los principios. Una presentación ideológica asentada en los grandes pensadores de todos los tiempos, los adelantados y los progresistas, pero también arrancada esa formulación propia de las realidades venezolanas y latinoamericanas. El Estado docente y la enseñanza laica es el punto de partida. Por cierto que esta doctrina no sólo proviene de los ideólogos europeos, principalmente franceses que tanto influyeron en la inteligencia venezolana del positivismo, sino de la aplicación en la pedagogía venezolana oficial, gomecista, con aquel Ministro de Educación Rubén González, de tan preclara ilustración. Este Ministro de Juan Vicente Gómez defendió el papel del Estado, defendió la doctrina de la escuela laica y del Estado docente. No resisto a la tentación de recordar aquí ciertas palabras suyas que vienen al pelo, por muchas circunstancias, al ambiente actual venezolano, cuando toda libertad se hace crecer como silvestre, cuando al amparo de la libertad de cultos nos invaden las Nuevas Tribus de toda pelambre, cuando bajo la capa de libertad de expresión se tiran aguas sucias a las fachadas limpias, cuando la libertad puede transformarse en tormenta. Claro que la libertad, como lo sostiene el maestro Prieto Figueroa en sus libros, en su heredad espiritual, es el aliño de la sopa, la sal de la tierra, la sazón del pan, el cuerpo del vino. Pero, como expresa Rubén González al defender la intervención del Estado frente a la libertad total de la enseñanza, en 1924: "la libertad de enseñanza... tampoco puede ser absoluta como no lo puede ser ninguna de las libertades, pues es principio de Derecho Constitucional que toda libertad está limitada por las leyes que establecen y reglamentan las condiciones para su ejercicio, dictadas por el Estado en resguardo de los intereses que representa. Ninguna de las libertades puede ejercerse de un modo anárquico porque todas tienen como valla o límite los principios fundamentales del orden público y social".

Sobre este punto del uso inadecuado de las libertades, se han pronunciado recientemente los Obispos católicos en su Mensaje de la cuadragésima séptima Asamblea de la Conferencia Episcopal Venezolana, titulada "La comunicación como servicio". Dicen los Obispos: "Los medios de comunicación social han de colaborar en proporcionar al hombre lo que necesita y no arrancarle lo que lo dignifica ni suscitar en él lo irreal y lo ficticio". Y lo dicen y proclaman con propiedad, porque los medios de comunicación social son, hoy, la escuela más poderosa. Por eso la advertencia de estos dirigentes espirituales del país: "Notamos igualmente los Obispos de Venezuela un menoscabo acelerado de la honradez. Abundan las mentiras,

los silencios malintencionados, las verdades a medias, el silencio impuesto, los titulares llamativos que tienen poco o nada que ver con las noticias, la invasión del recinto sagrado de la privacidad de las personas, los espectáculos deprimentes que desprestigian a personas acusadas aun antes de la sentencia”.

Del concepto de la escuela laica —“escuela que respeta y acoge a todos los credos, porque quiere unificar todas las creencias para hacer la educación efectiva”, “la escuela debe situarse al margen de toda contienda política o religiosa para unificar a todos los venezolanos y convidar a la armonía a todos los individuos”, palabras en el Congreso de 1932— pasa a la proposición concreta de la Escuela Nueva; es el cambio, todavía en auge, de la Escuela donde el maestro lo es todo, a la escuela donde el niño es lo principal. El maestro, la escuela, la sociedad, están al servicio del niño —“El niño es ahora el centro de gravedad de la vida pedagógica”—. Por este camino, después de larga experiencia, de reflexión propia y conjunta, la formulación final, a través de la pedagogía, de su filosofía de la existencia. La escuela y la vida están íntimamente unidas. El pueblo debe formarse en la escuela. La democracia no es sólo un ejercicio, es también una enseñanza, un resultado de la pedagogía. La democratización de la enseñanza es la democratización de la vida cotidiana. En 1943 dijo en la VIII Convención Nacional de la Federación Venezolana de Maestros: “democratizar significa humanizar”. Su pensamiento ya no se detendrá, pues alcanzaba el pleno desarrollo, la madurez, la hondura propia de un estudioso y de un pensador, que no suele significar lo mismo. Aquí se crea una filosofía, resumida en la expresión *el humanismo democrático*, doctrina planteada y desarrollada en varios libros, desde el estudio así titulado, *El humanismo democrático y la educación* (1959), y antes y después, *Problemas de la Educación Venezolana* es de 1947, y la última edición de *El Magisterio Americano de Bolívar* es de 1982, en la serie El Libro Menor, volumen 21, de la Academia Nacional de la Historia. Porque cuando se publiquen, y ya están justicieramente decretadas, sus Obras Completas, aquellas específicas dedicadas a la Pedagogía formarán un sector considerable: *Principios Generales de la educación* (), *La colaboración privada en la educación popular americana* (1959), *De una Educación de castas a una Educación de masas* (1951), *Andrés Bello, Educador* (1966) entre los otros títulos. Mucho quehacer dará esa labor de ordenar las materias tratadas por nuestro maestro, aunque el hilo conductor sea la educación, la específica de la escuela, y la otra, a cumplir y cumplida en todos los ámbitos de su inmensa vida.

El excelente escritor y también pedagogo, Pedro Díaz Seijas, publicó en 1968 un armonioso ensayo bajo el título de *Luis Beltrán Prieto, líder del pueblo*. Con sobria mano apasionada —el afecto, la admiración, la justicia— nuestro ensayista y tratadista en letras y en venezolanidad, traza la vida y el ideario del Maestro. Allí se mencionan, desde luego, los libros de quien es un escritor en línea directa con nuestros clásicos.

Porque es en *La Magia de los Libros*, para decirlo con el título de uno de sus más entrañables (1955), donde se cumple a cabalidad el destino intelectual de Luis Beltrán Prieto Figueroa. Los libros han sido su pasión, leerlos y escribirlos, ellos le han acompañado con tanta fidelidad en la vida de la inteligencia, como

Doña Cecilia, la esposa, en la vida del alma y también como la memoria de la madre, sombra y luz en su vocación y en la ardiente búsqueda del camino, el único camino a buscar, el de la verdad. Seguramente que la poesía es ese lucero del alba y esa estrella de la medianoche que han puesto señuelo de ansiedades en la vigilia de este hombre de excepción en la Venezuela contemporánea. Al lado de los libros de investigación, de pedagogía, de política, de orientación, de pelea, de reflexión, en prosa diurna, están los libros de amor, los cantos, los hermosos versos, la palabra nocturna de su literatura. Aquí domina el sentimiento sobre el pensamiento, aquí la palabra se libera de su armazón ideológica, el verso sale a cumplir otra tarea necesaria, la tarea del arte. En *Mural de una ciudad* el poeta vuelve a su tierra para describir los trabajos y los días, como quiso Hesíodo, las labores, los olores y los sabores forman el verso. En *Verba Mínima*: "Aprende del agua / la fluida forma / de decir las cosas" está el índice y el abecedario de las emociones, las sombras de las esencias, el breve latido del rosario de las incandescencias, el ritmo de las emociones, la palabra pequeña del ensalmo, como esta llamada "Cicatriz": "A la herida vacía / yo le pongo un centímetro de amor / y cicatriza". En *Del hombre al hombre* se enciende el gran candelabro de la filosofía, porque poesía y filosofía nacieron juntas. Este libro encendido marca la gran pasión del poeta por el ser hermano, más allá de las aguas, de las piedras y de las tejas de su pueblo, todo el hombre, cualquiera sea su educación, su estirpe y su quehacer. Después de todo sin el hombre no tiene sentido la naturaleza, no habría Zeus en el Olimpo ni Dios en el Universo mundo porque se aburrirían de soledad, ni tendría sentido la política, ni la cultura, porque no habría historia: "Cante el poeta al hombre / su paz, su amor, / su desvelada sombra, / su palpitar de angustia, / su dolor, su quejido".

Un día, hace ya muchos años, la maestra de escuela de este pueblo de Cuicas se levantó más de madrugada que de costumbre. Despidió al hijo, a pie la primera parte del camino, camión de estacas la segunda jornada y aquella línea A R C de la única gran carretera trasandina (Viva Gómez y Adelante) la última jornada, rumbo a Caracas, donde está el destino de aquel pueblo rural, labrador, enfermo y pobre todavía en la década de los Cuarenta, pero ya con la esperanza en los ojos. Dijo la maestra a su hijo: Busca a un maestro llamado Luis Beltrán Prieto Figueroa, que yo le mando saludos y procura hacerte su amigo y sobre todo, hijo mío, léete sus libros bien leídos y sigue su ejemplo. Seguí, Maestro Prieto, casi todo el consejo de la maestra de escuela de este pueblo de Cuicas, quien me encargó darle un bojote de saludos; pero resulta que es muy difícil la última parte del consejo, porque yo soy un hombre común y corriente y usted es todo un hombre, un hombre ético, un dirigente moral, un maestro de toda esta escuela que es el pueblo venezolano.

Las Academias Nacionales, vanguardia de la cultura del país, han querido rendir este homenaje a Luis Beltrán Prieto Figueroa porque él representa la capacidad de florecer de la inteligencia, cuando el estudio y la perseverancia guían la voluntad; porque él es un Maestro de Maestros, adelantado de la pedagogía moderna en América Latina; porque él es como un gran faro en el agua y en la tierra de la patria, guía para no perder la ruta; porque él, humanista, tiene encendida una gran vela de amor por el hombre, razón de la existencia, causa de la historia, destino de la justicia, límite de la paz.

DISCURSO DEL DR. LUIS B. PRIETO FIGUEROA, CON MOTIVO DEL HOMENAJE QUE LE RINDEN LAS ACADEMIAS DE VENEZUELA

Recientemente, el pintor y caricaturista José León Zapata, nos advertía con su gracia inimitable: "No se metan con Morón porque les suelta *el gallo de las espuelas de oro*". Sin meterme ni entrometerme, esta tarde he sentido las heridas de las espuelas de oro en el corazón, pero no brotan sangre, sino gozo, sencillo y noble regocijo que me exalta para agradecer tantas generosas palabras para nombrarme y hablar de mi humilde obra de maestro de escuela, en un acto de homenaje que me rinden las Academias de Venezuela; con la concurrencia de hombres y mujeres de tantos y mayores méritos que los míos. Todo sea porque la amistad es gota prodigiosa que desborda el vaso para dejar correr fresca y pura el agua que con su noble oficio de calmar la sed lleva también frescura a las expresiones que del alma brotan.

Yo, que a lo largo de la vida he sufrido heridas sangrantes inventé el neologismo desde *altera presencia* alguna piedra, un cangilón alevozo se me atravesaron en el paso, pero no me detuve (Digo *alteras* y no *arteras* porque la arteria significa engaño y rebaja de condición y las piedras eran sólo expresión del poder mal ejercido). Siempre las piedras vinieron de la altura y tuve la fortuna de la venda suave encima de la herida que la mano del pueblo, trizando sus harapos, puso en la sangre que manaba. ¡Y qué grata es la herida cuando la venda es puesta con amor! Dan ganas de exclamar, ¡bendita sea la herida!

Guillermo Morón, leal a la maternal recomendación fue a mi amistad y encontró manos y brazos extendidos. Como historiador hace referencia a libros y escritos míos, analiza su contenido y los liga a una fuente educativa permanente en mi vida, desde los diez y ocho años. Acaso no fue siempre la pasión de enseñar el motivo de mis letras, sino un anhelo de justicia, el combate contra la arbitrariedad, el ansia de un camino, pero en esta persecución no me guié nunca por las marcas en el suelo de los cascos de las cabalgaduras y de las botas altas del caudillo. Busqué y busco siempre las huellas de los pies descalzos del soldado que abrió picas en afán de libertad, el primero caído bajo el empuje de lanza o bala. El trabajador de la escardilla o que va empujando el buey de paso tardo con el arado de madera para echar la semilla que será pan o fruto para el hambre.

Esa huella innumerable se fue ahondando en todos los caminos, fue abriendo picas por entre las montañas. Recorrió gran parte de la América y la he visto estampada e indeleble, al pie de las gloriosas y escarpadas sombras de los peñascos en donde se batieron para darle libertad a medio Continente, los humildes hijos de esta tierra.

Andrés Eloy Blanco en *El palabreo de la Loca Luz Caraballo* expresa:

*"Tu hija está en un serrallo,
dos hijos se te murieron,
los otros dos se te fueron
detrás de un hombre a caballo".*

Ese ir detrás, símbolo del rastreo de la huella del casco del caballo del caudillo era el pago de una ignorancia de siglos, cultivada amorosamente para que el hombre nuestro no aprendiera a marchar por su propio camino. Andaba a tumbos y sus equivocaciones no fueron suyas sino de la menguada intuición del hombre a caballo con las botas altas. Estuvo en todas partes en donde era necesario su concurso para la lucha, que alguien, con voces anunciadoras pregonaba como anhelo del bienestar y de la libertad, y que al final no era otra cosa que el bienestar y la libertad de los caudillos dueños del país.

La historia es larga y la sabe y la ha contado Guillermo Morón. En la última Batalla de la Independencia, librada en Margarita, que fue la Batalla de "Mata-siete", el General Francisco Esteban Gómez llegó a invitar para la refriega al Comandante Juan Esteban Figueroa. Este le dijo: "No puedo ir, compadre, porque tengo una diarrea incontenible", y el General le increpó: "Compadre, usted no va porque tiene miedo". Y aquel hombre que era pueblo humilde le respondió: "Me ensuciaré los pantalones, pero estaré en mi puesto". Y éste fue el de mayor brega, el de más comprometido combate contra las fuerzas de Morillo y el Comandante Juan Esteban Figueroa, que era analfabeto, tío de mi abuelo materno, se cubrió de gloria y figura en el Himno del Estado Nueva Esparta.

Sucios los pantalones. Acaso sin medir el esfuerzo que se le pedía, fue a su puesto y regresó a su pobre vivienda a comer el pan escaso y a rumiar infortunios, que fue siempre la paga del heroísmo esclarecido de los pueblos. Carvajal, llamado "El Tigre Encaramado", con la rienda en la boca, el pie desnudo, por estribo una cabuya con un nudo en la punta y una lanza en cada mano, entraba en las batallas deshaciendo enemigos y cayó sobre el charco de sangre que regó la sabana de Urica, enfrentado a Boves y a Morales, y son cal que abona la tierra sus huesos que allí quedaron sembrados para siempre.

No habría que ir tan lejos para medir el esfuerzo del hombre de los pies descalzos, abriendo picas por todos los términos del país. Estuvo al pie de los taladros que sacaron el petróleo del fondo de la tierra para que se lo llevaran los conquistadores extranjeros, dejándonos los huecos en el suelo y la esperanza deshecha. Está en Guayana viendo el fulgurar del hierro convertido en río turbulento para fabricar grandes palacios y hacer la fortuna de unos pocos. Sus hijos no tienen escuelas. Se cobijan bajo insalubres barracas de zinc en una tierra inhóspita donde el sol calienta por el día y la ventisca de la noche enfría para un dormir incierto y sin cobija.

Fueron los caucheros de nuestra selva los que cayeron primero en la Guayana; o pescadores en los ríos inmensos para dar satisfacción el hambre de los ribereños.

Viven en los barrios marginales de las ciudades y expuestos a los avatares de la intemperie y la miseria.

Los muros de piedra de esta casa de las Academias que nos cubre; los altos palacios, ¿cómo fueron construidos? Alarifes y peones perseguidos por látigos alevosos de capataces apresuraron la faena. Muchos de los académicos que estamos aquí reunidos formamos nuestras mentes de técnicos, científicos, juristas, investigadores, escritores o intelectuales, recorriendo los amplios corredores de la llamada

Casona de San Francisco. De tarde en tarde, en días de graduación nos acercábamos a este Paraninfo de los viejos retratos, los rojos cortinajes, los vitrales y por detrás de nosotros el tiempo había corrido signado de injusticias. Al frente el Palacio de fabricar las leyes, que se supone aplicarán los jueces que están en el costado oeste de las Academias. Pero la justicia de la Ley no baja aún a dar satisfacción a los intereses de los hombres de los pies desnudos que abrieron los caminos de la Patria.

Hemos subido alto. Nuestros puestos en las Academias pregonan méritos ganados en el servicio. Hablan de nuestros esfuerzos para perfeccionar y mejorar la vida del país. Médicos, matemáticos, lingüistas, abogados, economistas, los que se ocupan de acumular papeles del ejemplo de un devenir incierto, nos advierten que detrás del óleo pacificador del Padre Las Casas se levanta la horca en una ceiba de Cumaná para dar muerte a Francisco Fajardo, el primer mestizo que entró heroicamente en la Historia, o cuenta los sacrificios de los hombres que a lo largo del país cayeron combatientes y combatidos, el pie descalzo, pero el alma alerta y segura en las manos la defensa.

“Tierra de vigilia y canto” la llamó el poeta. En la vigilia se nos va la vida, que en el canto rescita para alabar las virtudes de la Patria que está hecha de esfuerzos y de sacrificios. “Donde unos pocos tienen demasiado y muchos tienen demasiado poco”. O para decirlo en palabras más claras: donde el trabajo rinde no en la medida del esfuerzo, sino de la ambición que acumula fortuna, sin pensar que las cosas son percederas. Sólo el hombre es levantada sombra que recorre los caminos de la Nación en busca de amor y de bondad.

Queridos Académicos:

En estos días la palabra desarrollo ha estado en la boca y en los cálculos de los economistas. Los legisladores se han exprimido los sesos buscando una manera para detener la desatada forma en que la corrupción va creando caminos que se hacen intransitables, como la Sierra Morena y piden nueva salida de Rocinante llevando a cuestras a Don Quijote, de larga lanza y corta luz de claridad en la mente, amplía la herida del corazón para dar salida al anhelo de un orden de igualdad y fue a tropezar con los molinos de viento o con cabreros agresivos que le apalearon; quería desfacer entuertos que han sido creados, no por los que pudieran llamarse hombres de los pies descalzos, a pesar de que en los barrios bajos ese hombre se hace autor de delitos. Los historiadores de la Academia nos enseñan que las horas oscuras de los pueblos rompen el apacible vivir porque las cosas se hacen indispensables, no para vivir mejor, sino para hacer peor la existencia de las grandes mayorías. Grecia, Roma, los Bárbaros, el feudalismo, los egoísmos acumulados condujeron a la revuelta de la Revolución en Francia, en busca de bienestar, de justicia y de legalidad. Pero por encima de los ideales predominaron las cosas hasta llegar a lo que un filósofo alemán denominó “la cosificación del hombre”.

¿Cuáles son nuestras tareas, Ilustres Académicos? Llegamos a estos augustos asientos, la mayoría cuando ya blanquecidos los cabellos, poseedores de experiencias, que anhelamos transmitir para evitar errores, nos faltan medios para esclarecer conciencias y modificar las conductas.

La Academia en la calle, sería remedio vano cuando en Venezuela, la escuela, el Liceo, la Universidad y todos los institutos de enseñanza han nulificado esfuerzos, porque el viento sopla frío y desde arriba viene la palabra comprometida con la malechuría. Nos queda la esperanza del hombre de los pies desnudos, sembrando en tierra propia, laborando en la cooperativa para la ganancia propia. Y torna a ser una angustiosa forma de esperanza el cambio de la sociedad para que dentro de ella el hombre cambie y se haga señor de su destino.

Una Patria no se hace sin esfuerzo común, sin una idea común, sin un propósito común. Reiniciar el camino juntos, no en la promesa del Libertador y de Páez de hacer una reforma agraria poniendo la tierra en manos de quienes la trabajan, sino el hecho efectivo que la Ley no haría sino ratificar. En otras partes esa reforma ha costado ríos de sangre. Un millón de mexicanos perdieron la vida en busca de la tierra. Muchos pueblos del mundo la han ganado con moneda de trabajo. Nosotros tenemos ley para la reforma y el campesino trabaja como peón de los fundos de una nueva casta de terratenientes denominados empresarios del campo, que viven en la ciudad y viajan a sus tierras en aviones. El desarrollo que se pregona es sólo crecimiento de la riqueza en un solo sentido. Desarrollo significa redistribución del ingreso y mejoramiento de la condición natural del pueblo. De lejos nos viene el mandato del hombre desvelado por nuestro porvenir: "Mientras haya algo que hacer en América, nada se ha hecho".

La cooperativa, la autogestión, el compartido esfuerzo, sin la presión nulificante de los capitales nacionales o extranjeros, que es retorno a formas coloniales o neocoloniales de explotación. Que la democracia no sea sólo elección de un día sino compartida forma de bienestar, de seguridad, de paz y de justicia, en una sociedad de hombres y mujeres libres.

Mis palabras de esta tarde para agradecer la generosa actitud de todas las Academias de Venezuela juntas en el propósito de exaltar una labor humilde, oscura a veces, promueven mi reconocimiento. En el discurso que pronuncié en la Universidad Central de Venezuela, cuando me confirió el Título de Doctor Honoris Causa, dije: "Por causa del honor me vienen un pergamino y una medalla de mi Alma Mater. Para merecerlos no he hecho otra cosa que cumplir con mi deber y quien realiza sus obligaciones no está llamado a premios y recompensas, porque el mayor galardón a una conciencia limpia y a un corazón al servicio de su pueblo y de la humanidad viene con la satisfacción de la tarea rendida lealmente. Yo creo haber cumplido y el regocijo es presea que no se decreta sino que se vive".

Esta es razón para que el homenaje que hoy me rinden las Academias no lo reciba sólo en mi propio nombre sino también en nombre del pueblo innumerable de los pies descalzos que dejó sus huellas en todos los caminos.

He proclamado en un poema la obligación que tenemos los hombres y mujeres con ideas de echar al vuelo las que puedan ser de alguna utilidad para los demás, sin pensar que ello nos depare recompensas de alguna naturaleza. En mi libro "Del hombre al hombre", expreso:

*Si tienes una idea ponla en el viento.
El viento la aventará muy lejos,
hasta encontrar la tierra
para hacerla raíz y tronco y ramas,
se cubrirá de flores,
dará frutos y pájaros,
será pan y gorjeos.*

(...)

*Yo he puesto mis ideas en el viento
de la pequeña patria luminosa,
en la sabana sin fronteras,
junto a la hostil montaña
cercana de las nubes.
Han quedado sembradas en todos los caminos,
reconozco la voz de sus saludos cuando paso,
me identifíco en ellas:
sembrador, cosechero, peregrino”.*

La voz de las Academias que hoy me rinden homenaje, ojalá se exprese en ese verso anunciador de una tarea funcional inacabable de las ideas, que en esta ágora crecen y se multiplican, se decantan en la discusión, que aquí viven para el tiempo:

“Si tienes una idea ponla en el viento”.

CENTENARIO DE MADARIAGA

Por MARIO BRICEÑO PEROZO

El 23 de julio del presente año se cumplieron cien años de haber nacido en La Coruña, Galicia, España, don Salvador de Madariaga, notable escritor, poeta, novelista, periodista, diplomático, político, crítico e historiador.

Ingeniero de profesión, cuyo ejercicio dejó a un lado para darse por entero a las letras, a la docencia y a la política. En este último campo se caracterizó por sus ideas liberales y como tal abrazó la causa de la República, a cuyo servicio desempeñó altas posiciones como Embajador en USA (1931) y en Francia (1932), Ministro de Instrucción Pública y de Justicia y delegado en la Sociedad de las Naciones en donde fue Presidente del Comité de los Cinco (1935-1936). Leal a sus ideas republicanas no transigió con el régimen de Franco y por ello permaneció en el exilio durante 38 años. Vivió en Inglaterra y en Francia, fue profesor en Oxford y en París. Pero su asiento definitivo estuvo en Locarno, Suiza, en donde habrá de sorprenderlo la muerte a los 92 años y 5 meses de edad.

Escritor trilingüe, Madariaga escribió en español, en inglés y en francés. Columnista del *Times* de Londres y del *ABC* de Madrid, escribió multitud de artículos para éstos y otros periódicos de Europa y de Hispanoamérica. Polígrafo, abordó

los más diversos temas, pero España, los españoles, la libertad y las cuestiones internacionales estuvieron en el centro de su predilección.

Pluriforme, como los maestros del clasicismo español, incursionó en todos los géneros literarios. En la poesía con *Romances de ciego* (1922), *La fuente serena* (1928) y *Rosa de cieno y ceniza* (1946); en sus versos revela fuerza, inspiración y una fina sensibilidad, quienes han juzgado sus poemas le hallan originalidad, aun cuando ofrece reminiscencias de Calderón, Lope y Garcilaso de la Vega. En la novela con *La jirafa sagrada* (1924), *El enemigo de Dios* (1936), *El corazón de piedra verde* (1946) y *Sanco Panco* (1964); el atildado crítico hispano Francisco Vega encuentra en Madariaga influencias de Unamuno y Pérez de Ayala y sostiene que la novelística de aquél se abre con *El Enemigo de Dios*. Dice que el acierto de la novela de Madariaga radica “en el estudio psicológico de los personajes y el ambiente, descrito con una prosa limpia, encrespada en ocasiones en olas de auténtico lirismo, cuando la situación lo requiere” (*Parnaso*. Sopena, Barcelona, 1982, t. I, p. 471). *Sanco Panco*, es una sátira política con un gran sentido del humor; a pesar de que el autor advierte en la introducción que no ha retratado a nadie, el lector puede ver que en los personajes se mueven epígonos de la dictadura franquista en España.

Empero, en donde descuella Madariaga es en el ensayo que se inicia en Londres con *Shelley and Calderón and other essays on English and Spanish poetry* (1920). antes —1917— en la misma capital inglesa había dado al público *La guerra desde Londres*. Luego vendrán *Guía del lector del Quijote* (1926) y sus trabajos históricos fundamentales *Vida del muy magnífico señor Cristóbal Colón* (1940), *Hernán Cortés* (1941), *Cuadro histórico de las Indias* (1946) y *Simón Bolívar* (1951).

Es de lamentar que su biografía de Bolívar, escrita en prosa magistral, acuse aspectos negativos en la interpretación de la vida y del pensamiento del Libertador. El gran escritor, a pesar de reconocer inteligencia de primer orden y otras altas dotes en el biografiado, incurre en lamentables equívocos, al ser arrastrado a ello por enemigos acérrimos de Bolívar que en el siglo XIX, difundieron en Europa las más negras leyendas, en esa fuente abrevó Carlos Marx y asimismo lo hizo Madariaga, por ello, en forma muy acertada el Dr. Angel Francisco Brice acuñó el mote “El Bolívar de Marx ampliado por Madariaga”. Por otra parte el maestro hispano, al pergeñar muchas páginas de su *Bolívar*, no pudo ocultar el complejo —que es cólera y tristeza al mismo tiempo— del español desplazado de su imperio en Indias, e impulsado por el gusanillo de ese morbo, maltratar a quien fuera factor principal en la decapitación de ese imperio. En nuestro libro *El Bolívar que llevamos por dentro* (Caracas, 1968), nos ocupamos de la obra de Madariaga (pp. 34, 51, 71, 81, 123, 128, 255, 256, 258, 259 y 299).

En 1947, concretamente, el 27 de marzo, don Salvador de Madariaga fue elegido por unanimidad Individuo Correspondiente Extranjero de la Academia Nacional de la Historia; la proposición fue formulada por los numerarios Cristóbal L. Mendoza, Monseñor Nicolás Eugenio Navarro y Mario Briceño-Iragorry. Con nota del 14 de abril del mentado año 47, le fue participado el nombramiento al académico español, quien respondió, desde Oxford, en carta del 9 de junio siguiente. Se mues-

tra agradecido y honrado y manifiesta su propósito de consagrarse al estudio de la historia venezolana.

En Madrid, se recibió en 1935 como miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas; la Real Academia de la Historia lo designó Correspondiente en Suiza, en 1970; y en la de la Lengua fue titular de la silla M, había sido electo el 20 de mayo de 1936, pero no se incorporó en el lapso estatutario, esto lo hizo cuarenta años después, el 22 de mayo de 1976. Su trabajo de incorporación versó sobre *La belleza de la ciencia*. Fue miembro también de varias Academias de Francia y de Bélgica. Siete Universidades de Europa y América lo hicieron *Doctor Honoris Causa*. Presidente honorario de la Unión Liberal Internacional (Bélgica) y del Congreso para la Libertad de la Cultura y Presidente efectivo del Consejo de Administración del Colegio de Europa. Recibió, entre otros premios, el de la Fundación Han Deutsch, 1963, el Goethe de la Fundación F. V. S., 1967, el Mariano de Cavia, de Prensa Española, 1968, el Carlomagno de la ciudad de Aquisgrán (Alemania), 1973, y en 1978, año de su muerte, el Aznar, de Periodismo de la Agencia Efe. Por otra parte, el Instituto de España le tributó a Madariaga, en diciembre de 1977, el "homenaje a la antigüedad académica".

Luis María Ansón, brillante escritor y afamado periodista de la España contemporánea, en una bella página, *La pasión de la libertad personal*, manifiesta: "Madariaga entregó su vida al servicio de la libertad. Por ella escribió, luchó y padeció pasión y largo exilio. No existe un español del siglo xx que pueda presentar una hoja de servicios como la de Madariaga en favor de la libertad... Hombre universal con España en el corazón" (ABC, Madrid, 21 de diciembre de 1978. Nº 1.512. p. 4).

El 23 de julio de 1886 nació en la calle de Orazán, de La Coruña, quien habría de ser una de las más altas figuras de las letras españolas del presente siglo, Salvador de Madariaga, muerto en Locarno —Suiza— el 14 de diciembre de 1978.

EN MEMORIA DE RAFAEL DE NOGALES MENDES
(1879-1937)

Por TOMÁS PÉREZ TENREIRO

Estamos aquí para recordar a un gran venezolano. Para recordarlo frente a su huesa y a los cincuenta años de su muerte. Para acercarnos a sus glorias, a sus quehaceres de soldado y de Jefe. De hombre inquieto, viajero de muchos mundos, siempre en la vía de muy altos ideales... Este fue un hombre grande, quien empleó su vida para vencer la caprichosa suerte y dejarnos ejemplo de altos hechos... Y de ellos nos dejó testimonio, no sólo en la historia, sino también en libros, escritos en sus apresurados descansos... Nace en San Cristóbal, vástago de una familia venida de lo más viejo, desde el arranque de nuestro encuentro con la espada y con la cruz... Familia con medios de fortuna y consciente del valor de los buenos es-

tudios. Así Rafael de Nogales cuyo verdadero apellido era el vascuence Inxauspe, vertido al español de Nogales. Saldría de su terruño a los siete años para cursar en Alemania. Era la Alemania Imperial, la vencedora del año 70, cuyos representantes comerciales tuvieron buena influencia en la Cordillera. . . Iniciaría sus estudios con profesores particulares y en escuelas de nombradía. En aquel ambiente, en el cual se valoraban en mucho las cualidades y aptitudes militares, y trayendo como traía en su sangre la predisposición a lo castrense, pronto se despertó su vocación, y la siguió con el resultado conocido.

En las Escuelas Militares, ingresados los aspirantes a la más corta edad, “diez, once, doce años”, según cuenta Ernst Von Salomon, se les decía la primera vez que formaban filas: “Señores, ustedes han escogido el más bello oficio del mundo. Tienen por delante el objetivo más elevado de la tierra. Nosotros aquí les enseñaremos como alcanzarlo. . . Ustedes han entrado a esta Escuela para aprender una cosa capaz de dar a nuestra vida su más alta significación: USTEDES ESTAN AQUI PARA APRENDER A MORIR!” . . . Se había colocado el joven tachirenses en el camino de adquirir, gracias a la enseñanza y a la voluntad de su corazón, la capacidad de elevarse sobre lo vulgar, desarrollar aquellas cualidades capaces de robustecer su ánimo para hacerlo vencedor de los mayores sacrificios y trabajos, de llevarlo hacia el triunfo, hacia la conducción de tropas. . . Alcanzó este hombre un gran dominio de sí, tenacidad, serenidad suficiente para abrirse paso en las mayores crisis. Robusteció su valer profesional y fue hombre digno. A todas estas cualidades sumó la de ser hombre que con igual facilidad se desempeñaba en el vivac como en los salones de la más refinada aristocracia de esa época. Alternaría con Emperadores y con los proyectiles, en los saraos y en la guerrilla, con toda naturalidad, hombría y gran cortesanía. . . Si es apegado a lo fundamental de los ejércitos, subordinación, obediencia y abnegación, su mentalidad le hace sentir cual mayor don y que desea para sus conciudadanos el de conquistar su propio destino. De allí su imposible entendimiento con los regímenes de la Venezuela de sus años mozos. . . Inteligencia, conocimiento, manera de ser se reúnen para conformar a este Jefe. Jefe que es ante todo hombre de acción. El mismo se entendería cual Caballero Andante, que no aventurero, cual lo han pretendido calificar venezolanos siempre a la envidia de otros mejores venezolanos. . . Caballero siempre dispuesto a romper lanzas en cualquier parte del mundo, por sus ideales. Soldado de carrera incapaz de vender su espada, amoroso de la guerra. Siempre huyendo de la más horrible y para él, temida muerte, la más desagradable, la compañera de la inacción. . . En su horizonte, el más resplandoroso Grial, la libertad de Venezuela. . . Presa entonces de retardataria tiranía. . . En busca de acción combate en Cuba (y es Subteniente), se encuentra en Puerto Arturo, sus andanzas lo llevan a México y Alaska, es derrotado en Carazúa, combate que los venezolanos no recordamos, y todavía vive con más de cien años un superviviente, el Coronel (lo fue a los dieciocho años!) Andrés Pacheco Miranda.

Llegada la Primera Guerra Mundial, se alista sin jurar bandera en el Ejército Turco, alcanzará el Generalato de División, y además del sitio de Van, tiene el mérito y la gloria de haber sido el último oficial quien defendiera al Sultán en las tierras alzadas por Lawrence de Arabia, frente al Canal de Suez. . .

Llegada la hora del General López Contreras, de Nogales vuelve a su país, y éste apenas le ofrece "un puesto", la Aduana de Las Piedras, guijarros y arenas en las cuales comienza a sufrir todos los sufrimientos del que se sabe capaz, con méritos y vocación de trabajo y todo ello se lo desconocen o minimizan... En su Venezuela, en aquellos meses posteriores a la muerte del caudillo gobernador por treinta años, de Nogales no podía ser ni bien venido ni bien utilizado...

Recuerdo haberlo visto una vez en la Escuela Militar, en la Planicie Castrera. recordaría que fue el Cabito quien le diera años antes de mandarlo a prender, la Orden del Libertador?... Era de mediana estatura, de ojos vivos e inquietos, que examinaban todo; parecía algo así como un resorte presto a saltar... A la modesta pensión donde vivía fueron Oficiales y Cadetes a saludarlo y a llevarle sus cuitas, Briceño Linares, Rangel Barrientos entre tantos otros. Se hizo eco de aquellas inquietudes y lamentó sus manos atadas... Saldría en misión a Panamá, a estudiar la fuerza policial, destino similar tendría otro iluso el general Arévalo Cedeño. Allí le sorprendió la muerte el 10 de julio de 1937. Su cadáver llegó a esta tierra que tanto amó y casi lo dejan perder. Un amigo y compañero de aquel combate en La Guajira, el Teniente Carlos Blanco le dio cabida en su terreno de este Cementerio y en 1975, OFIDIRE, con el permiso de la familia Blanco, lo trajo aquí. Fue custodiado por Cadetes de nuestra Escuela, un Escuadrón de Caballería presentó sus lanzas y el General oíría sus últimos tiros de cañón mientras el amarillo, azul y rojo ondeaba saludándolo.

Aquí ha encontrado Ud. la paz, Señor General, y siempre habrá un venezolano que pronuncie su nombre con respeto y admiración!

En el Panteón de OFIDIRE

29 de julio de 1987.

EN HOMENAJE A MARIO BRICEÑO IRAGORRY

PALABRAS DE GUILLERMO MORON, DIRECTOR DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

La República está hoy muy alborotada y revoltosa, como decía en sus informes el alzado de 1739 y por eso, seguramente, las grandes dotes de Mario Briceño Iragorry hoy se dejan escuchar poco. Pero no importa. Mario Briceño Iragorry es una de las grandes figuras de las letras venezolanas, es una de las grandes conciencias vivas del país venezolano, lo ha sido desde el primer momento en que comenzó a escribir para todos nosotros y lo continuaría siendo a estas alturas del tiempo y lo va a ser todavía durante largos años.

La Academia Nacional de la Historia rinde homenaje permanente a Mario Briceño Iragorry; pero en esta ocasión ha querido publicar de nuevo, con el permiso

que han concedido sus familiares, uno de sus libros básicos, *El Regente Heredia o la Piedad Heroica*. No es necesario presentarlo para Uds. que lo conocen. Es una reedición de una obra fundamental de la historiografía venezolana. En este tiempo yo hubiera preferido reeditar *Mensaje sin Destino*, por ejemplo, que viene más al pelo en estos momentos en que la República de Venezuela se debate en medio de muchos quebrantos y de muchas preocupaciones. Es uno de los libros de mayor impacto. En mi juventud lo leí apasionadamente como todos los muchachos de mi tierra, pero cualquiera de los libros de Mario Briceño Iragorry es bueno para meditar sobre lo que ha sido, es y debe ser el país venezolano.

En el día de hoy, la Academia Nacional de la Historia ha designado al Doctor Tomás Polanco Alcántara para que sea quien lleve la voz de la institución, pero antes de ello vamos a develar el retrato de Don Mario, que la Fundación y su familia le obsequian a la Academia Nacional de la Historia para su Galería de Individuos de Número. Solicitaría en consecuencia a la Sra. de Briceño Iragorry que subiese un momento para que conmigo deleve el cuadro" (aplausos).

Tiene la palabra el Dr. Tomás Polanco Alcántara.

PALABRAS DE TOMAS POLANCO ALCANTARA

El viernes 28 de noviembre de 1952 conversé, por última vez, con don Mario. Hablamos en las puertas del edificio que hoy ocupa la Corte Suprema de Justicia y donde, entonces, funcionaba la Academia Nacional de la Historia. Pocas horas después iba a tener lugar un acto electoral que cambiaría el destino del país. Don Mario estaba muy preocupado. Veía nubarrones que amenazaban nuestro futuro democrático. Agitaban su espíritu profundas dudas sobre la estabilidad política Nacional. Nos despedimos. El marchó hacia la esquina de San Francisco. Se alejó, bastón en mano, con su típico caminar bamboleante y de cabeza erguida. No volví a verlo porque, casi inmediatamente, viajé al exterior y cuando volví al país, Don Mario ya no estaba: Las autoridades constituidas, lo habían "invitado" a marcharse fuera de Venezuela.

Lamentablemente, tampoco pude verlo cuando después de enero de 1958 él regresó a Venezuela. En Londres, de Francia, recibí una carta de mi padre, en la cual me informaba que Mario Briceño Iragorry, poco después de retornar al país, falleció, aquejado, al parecer, de viejas dolencias.

Fue don Mario, para mí, una amistad de tres generaciones. Amigo muy cercano de mi abuelo y compañero suyo en estudios sociales, que ellos hacían hacia los años 34 y 35, en compañía entre otros, de Caracciolo Parra Ieón, Crispín Ayala y José Manuel Núñez Ponte. Poca gente sabe sobre esas reuniones y trabajos, de los cuales existe la constancia escrita en sus actas minuciosamente llevadas.

Heredé esa amistad y desde que era un niño, estudiante de Bachillerato, me acostumbré a visitar a don Mario y a oír sus consejos y enseñanzas sobre la Historia y su estudio.

Estaba, entonces, comenzando a apasionarme por la Historia de Venezuela gracias a la influencia de ese gran maestro, que fue y sigue siendo, Víctor Giménez Landínez.

Los "Tapices de Historia Patria" me sirvieron para empezar a conocer, gráficamente cómo, al formarse la República, se conjugaron dos principios, que después no podrían olvidarse en el proceso evolutivo de Venezuela: El necesario centralismo de Caracas y el fuerte sentimiento autonómico provincial, que encontrará cobijo y apoyo en la idea federal, que todos llevamos por dentro y no podemos arrancarnos. Esa lucha constante de centralismo y federación, que don Mario entendió perfectamente y que tanto ha agitado la Historia venezolana, probablemente por no habernos dado cuenta que aunque lo parezcan, no son ideas antagónicas, sino la forma de expresar una magnífica realidad: Venezuela no se entiende sin su Caracas, quizás demasiado poderosa y macrocefálica, pero, tampoco se entiende sin sus magníficas provincias, que los Reyes fueron creando, como bien estudió don Mario, y que hoy forman una hermosísima realidad.

Cuando, años más tarde, mi padre publicó su "Historia Económica de Venezuela", los elogiosos comentarios de don Mario ratificaron mi gratitud hacia él. La vida de don Mario Briceño, cuando se la ve en su conjunto, tiene mucho de símbolo de lo que es y ha sido la realidad nacional.

En octubre de 1945 Mario Briceño era el Presidente del Congreso de la República. Había llegado a ese elevado cargo por su indiscutible categoría ciudadana. Era un orgullo, para la República, que su Congreso estuviese presidido por un hombre de la categoría y rango intelectual de Mario Briceño Iragorry. Y en esos momentos tuvo lugar un hecho especialmente significativo: Mario Briceño pasó, de su despacho presidencial en el Capitolio, a una celda de prisionero. ¿Había cometido algún delito? No. Pero la vida venezolana, por alguna desgracia que no podemos todavía conocer, se ha empeñado en utilizar la cárcel como medio de combatir a quien piensa en forma diferente.

Cuando en nuestra historia advertimos que hombres eminentes fueron arrancados de sus bibliotecas y sitios de estudio y de trabajo y llevados a la cárcel, no por ser delincuentes sino por opinar diferente, hay que concluir que mucho de anormal y que debe ser corregido ha tenido nuestra vida republicana. Y además, en un país de escuálida población, donde poco abunda la gente realmente culta, no es extraño tener noticia de cómo, esos mismos y otros personajes, de gran valor moral e intelectual, debieron abandonar el país para buscar asilo en tierras lejanas. La cárcel y el exilio para los intelectuales son una vergüenza en nuestra historia. Resulta absurdo que en una biografía de Arturo Uslar Pietri o de Rómulo Gallegos, tenga que contarse, junto a sus distinciones literarias y la lista de sus obras y méritos, el paso inevitable por la cárcel y el exilio.

Lo que es más grave es que, así como las infecciones se transmiten de los cuerpos enfermos a los sanos, las etapas democráticas de nuestra historia se han visto contagiadas por ese afán represivo de las dictaduras pues parece que una victoria, de cualquier clase, no está completa hasta que el adversario va a parar a la cárcel.

De esa penitencia carcelaria, que Mario Briceño tuvo que pagar como tributo al signo negativo de nuestra historia, su espíritu no salió abatido. Una vez en la tranquilidad de su casa, tomó la pluma para terminar y dejarnos dos obras maravillosas, mediante las cuales dio su mejor aporte, no sólo a la vida literaria, sino a la concepción ética del país.

La larga y agitada vida política nacional, que don Mario había sentido de cerca en sus diversas actuaciones públicas, le puso de manifiesto, especialmente en los momentos que vivió durante el tiempo que estamos refiriendo, que entre nosotros había dos prototipos de personajes en continuo contrapunto.

No eran Vargas y Carujo, que cada cierto tiempo aparecen, uno con su dosis de luz esplendorosa y el otro con aterrante oscuridad, sino otros modelos, que están en la vida diaria, que todos los días los vemos circular por la calle, moverse en los distintos sectores de la vida social, que se sientan entre nosotros, nos saludan y nos tratan. Por todas partes los encontramos.

Uno de ellos representa la actitud acomodaticia. Carece de principios. Ignora la ética. No sabe qué significa la lealtad. No le importan los sentimientos y mucho menos las ideologías. Tiene una inmensa capacidad de flotar, pues, cualesquiera que sean las circunstancias, aparece fácilmente en la primera fila, junto a los amigos de sus enemigos o si el caso lo requiere, junto a los enemigos de sus amigos.

Eso poco le importa, lo que le interesa es estar junto a los poderosos para defender lo suyo o lo que cree suyo y no correr ningún peligro. Antes, lo veíamos junto a los jefes revolucionarios triunfantes; ahora cada cinco años, está al lado de quienes obtienen el favor de los electores.

Es curioso ver en las colecciones de películas, en los noticieros de televisión y en las páginas sociales de los periódicos, las mismas caras, los mismos nombres, las mismas gentes en actitud sonriente y complacida junto a quienes, en cada momento, tienen el poder político o económico.

Don Mario acertó al escoger el modelo exacto de ese personaje: El Marqués de Casa León, el modesto comerciante convertido en hombre rico, con la aparente nobleza de un título adquirido, siempre dispuesto a saludar al triunfador, sin dejar de, con la mano izquierda, hacer llegar una oportuna ayuda al derrotado, que después le daría frutos, cuando ese derrotado se convirtiere en triunfador.

Casa León no es necesariamente un hombre muy rico, porque le basta tener influencia. Es polifacético: se muestra en el abogado que hace presionar a los jueces para que decidan a su favor; en el ingeniero que soborna al funcionario que concede una licitación; en el funcionario que pide, exige o sugiere que se le gratifiquen sus favores; en el comerciante que maniobra con los precios de sus mercancías y servicios, en todos esos sujetos que forman la picaresca de la corrupción. Casa León es el modelo fiel, exacto, puntual, del deshonesto, acomodaticio e inmoral personaje que, en la vida pública o privada se olvida de la ética y del respeto.

El Marqués de Casa León no ha muerto, aparece elegantemente vestido, en las recepciones que se ofrecen, no importa por quién, en Miraflores, la Casa Amarilla

o La Casona, en las fiestas de los poderosos, en las reuniones de quienes van a serlo y se convierte en una especie de uno de esos aparatos meteorológicos, que anuncian el buen y el mal tiempo: cuando Casa de León se va de su lado es muy mala señal para quien se cree poderoso o piensa serlo, porque Casa de León no se equivoca: su olfato y su instinto son infalibles para percibir dónde está o dónde va a estar, muy pronto, el poder y la influencia, que son vitales para que él pueda subsistir.

En la sociedad hay otro modelo de acción. Es el hombre de trabajo, honesto, que ha producido lo que tiene en forma decente, sin tener que avergonzarse, porque ha hecho siempre lo que creyó que era su deber. Que puede ser rico o pobre y no le importa, porque sabe que la dignidad de un hombre no se mide por el número de cifras altas o bajas de la cuenta de sus ganancias en el balance personal, ni por la altura de la posición que ocupe. Es un ser humano que se siente obligado por las sombras de las ideas platónicas que, por todas partes, trata de perseguir: La sombra de la verdad, la sombra de la justicia, la sombra de la bondad y desde luego la de la belleza. Conoce que existen principios y los respeta, conoce la ley y la acata, es fiel a la amistad y a la palabra dada, combate a sus adversarios pero no los injuria, defiende a su amigo pero no protege la maldad, es capaz de dar la razón al débil si la tiene, de no negar al perseguido lo que es suyo; vive con honestidad, actúa sinceramente y sin herir a quienes están a su alrededor.

Don Mario encontró al prototipo de ese personaje: El Regente José Francisco de Heredia, el maravilloso Magistrado de la Real Audiencia de Caracas que, sin dejar de ser fiel a su Rey y a la Corona que había jurado servir, supo exigir respeto para Miranda, libertad para los presos injustamente detenidos en Puerto Cabello, la vida y la integridad personal para quienes adversaban a la Corona y todo ello solo, sin más apoyo, que el enorme peso moral de la Ley y el constante clamor por la justicia.

Monteverde o Morillo tenían fuerza suficiente para callarlo y no lo lograron y aunque maltratado y pobre pudieron expulsarlo del país, su acción dejó bien claro qué era lo que debía o no debía hacerse.

Heredia no ha desaparecido de nuestra historia. Muchas veces mientras Casa León tomaba champaña en Miraflores, Heredia estaba meditando en la cárcel. El espíritu de Heredia acompaña a quienes se arruinan por no saber sobornar, a quienes pierden su cargo para no cometer injusticia, a quienes comprometen su tranquilidad para proteger a un inocente. La vida de Heredia es muy difícil, llena de peligros e inconvenientes pero tiene una inmensa ventaja, la de no sentir nunca ante sí el dedo acusador de la propia conciencia que indica haber procedido mal.

El talento excepcional de Mario Briceño tomó esos dos prototipos e hizo de cada uno de ellos no una fábula, sino una biografía novelada. Los dejó allí, en la literatura patria, como magníficos ejemplos de lo que se debe y no se debe hacer. Por esa razón los Premios recayeron, en seguida, en aquellas magníficas obras. El público captó la gran lección que se le estaba dando, no en un tratado de ética política, que habría quedado en la biblioteca de algunos cuantos espíritus selectos, sino

en una lectura apasionante, de buena prosa y de docta ilustración, que el público venezolano no iba a olvidar nunca.

La biografía novelada es un género literario de uso extremadamente difícil. En la novela, el autor disfruta de la más amplia libertad para llevar y traer a los personajes y ubicarlos, en el tiempo y en el espacio, de acuerdo con las exigencias de la trama. Lo narrado en una novela puede o no haber sucedido y ello es indiferente. El talento del novelista no reside en una descripción exacta de los hechos y circunstancias, sino en la presentación de los mismos en una forma atrayente, sin importar mucho su relación directa o indirecta con la realidad.

En cambio, en la biografía histórica, el autor tiene una guía de la cual no puede apartarse: La exacta y real vida que tuvo el personaje biografiado. Los documentos, los testimonios, la cronología precisa, forman un esquema del cual es imposible apartarse.

La biografía novelada se coloca en el medio: el esquema fundamental debe responder a una realidad que pasó, que no puede ser modificada; pero, el autor se toma la libertad de mover a sus personajes dentro de situaciones que es posible que hubieren pasado, dadas las circunstancias y carácter propios del protagonista. No puede afirmar nada que los documentos comprueben que es incierto; pero sí le es legítimo crear situaciones, que no contradigan a la verdad conocida y que permitan obtener la finalidad artística que se persigue.

Alguien ha dicho que el biógrafo escribe bajo juramento, el de decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. En cambio en la biografía novelada, el autor tiene la pluma libre de ese estricto compromiso moral y puede, además de la verdad, narrar lo que es sólo producto de su imaginación y que pudo muy bien haber pasado.

La novela histórica es un género distinto: El autor, como lo hizo estupendamente Pérez Galdós en los Episodios Nacionales, utiliza un cuadro histórico, totalmente cierto, y en ese cuadro histórico ubica una trama que él imaginó. La biografía novelada y la novela histórica requieren, en forma esencial, que el autor sea un historiador, es decir que conozca la verdad histórica pero que a la vez, tenga imaginación y talento literario.

A veces es muy difícil o imposible encontrar todos los datos e informaciones que requiere una biografía histórica; pero es necesario que el personaje sea conocido. En la misma forma, ciertos hechos históricos aisladamente, no llaman la atención ni suministran material de trabajo para más allá de pocas páginas. En esos casos la novela histórica permite, al construir una trama imaginaria pero humana y posible, darle vida a hechos fríos y sólo parcialmente conocidos.

Don Mario tenía una excelente pluma y una estupenda formación literaria. Conocía muy bien la naturaleza del ser humano. Estaba por tanto dotado de todos los factores necesarios para tener éxito al manejar el campo de la biografía novelada. A través de ella podía, además destacar, como en un claro oscuro, los aspectos luminosos de la vida del Regente Heredia y los moldes tenebrosos de la mentalidad de Casa León.

Era, también un acierto, escoger a esos personajes como prototipos humanos, precisamente por la época en que se desarrollaron. Estaban lo suficientemente cerca para sentirlos todavía respirando en el ambiente y suficientemente lejos para no herir la susceptibilidad de ningún personaje vivo, ni la de sus hijos o nietos.

Aquí en nuestro medio venezolano, con nuestra afectividad tropical y con esa facilidad que poseemos para pasar, en poco tiempo, de víctima a victimario, los personajes recientes siguen viviendo, por mucho tiempo, en medio de odios y de pasiones, que hacen muy difícil acercarse a ellos con criterio de objetividad, sin correr el peligro de encontrarse con esos amigos que los aplauden y siguen hasta en sus errores y esos enemigos que no les perdonan ni las más evidentes virtudes, ni las más ciertas cualidades positivas.

Quizás por ello, el género biográfico tiene tan pocos cultores en Venezuela y en general en el mundo Hispano-hablante. Nosotros proclamamos de viva voz y con orgullo, la necesidad y urgencia de la tolerancia; pero somos inmensamente intolerantes con las ideas y personajes que nos desagradan.

Por esas razones es más admirable el talento de Don Mario cuando, para dar una lección de moral política, escribió dos biografías noveladas de personajes que, aunque mucho simbolizan, no afectan a nadie en lo particular.

Don Mario pagó otro tributo a la historia política venezolana. Debíó abandonar la tranquilidad de su hogar, y marcharse al exilio. España lo acogió con los brazos abiertos. En la Corte y Villa del Oso y del Madroño, don Mario encontró refugio para su espíritu intranquilo y su cuerpo enfermo pero, hasta allá, pudo llegar el brazo de la maldad y un día sufrió el atropello físico, que se origina solamente en la mente de malandrines y rufianes. Entonces, a veces, su pluma se hacía áspera y no vacilaba en utilizar calificativos muy agudos y no carentes de dureza; pero con la inmensa capacidad de bondad que tenía su espíritu, en seguida podía sobreponerse.

La Academia Nacional de la Historia recibió a Mario Briceño el año 1930. Es un orgullo para la institución Académica. Dejó, para el patrimonio moral del cuerpo, una magnífica obra escrita y una actitud moral de primera línea.

Al celebrar su aniversario, la Academia quiso rendirle homenaje en una doble forma: Publicando una nueva edición, la séptima, de su obra EL REGENTE HEREDIA y a la vez recibiendo, para su Sala de Juntas un nuevo retrato de don Mario que nos obsequia su familia.

Recientemente asistimos, en la ciudad de Mérida, a un acto hermosísimo durante el cual seis ilustres venezolanos, ya fallecidos, fueron designados Rectores Honorarios de la Ilustre Universidad de los Andes y sus retratos develizados en la grandiosa Aula Magna de la Institución. Uno de ellos es Mario Briceño Iragorry. Aparece en ese retrato de pie, junto a una biblioteca y con un libro en la mano.

Las Academias tienen la costumbre de colocar, en sus salones de trabajo, retratos de sus más distinguidos Individuos de Número y los corredores del Palacio nos muestran bustos en mármol y bronce de eminentes venezolanos. Algunos afirman que varios de esos cuadros y bustos tienen cualidades estéticas negativas, es decir,

hablando sin eufemismos, son adefesios de un extraordinario mal gusto artístico; pero a pesar de ello, esa Galería de retratos cumple una importantísima misión, la de destacar, gráficamente, en forma que está a la vista del más desatento observador, la presencia, en el tiempo, de hombres y mujeres eminentes que merecieron ese homenaje.

Estamos atravesando, desde hace tiempo, una etapa de turbulencia espiritual, una de cuyas características es la de tratar de destruir todos los valores nacionales.

Se trata de lograr, entre otros medios, con dos técnicas muy efectivas y precisas: Una la de destruir sus reputaciones, mediante la crítica unilateral, el sarcasmo o la burla, tomando en cuenta que, la repetida afirmación de un hecho falso, tiende a que mucha gente lo considere verdadero, y que la burla y el ridículo corroen más que las críticas más severas. La otra técnica es el silencio, para lograr el olvido, pues no hablando nunca de alguien, se logra borrar su recuerdo. Así, cuando un país no sabe que ha tenido un pasado del cual sentirse orgulloso, cuando no conoce que ha tenido ancestros que respetar, resulta fácil destruir todos los fundamentos de la vida social.

Cada uno de los retratos, colocados en los salones de nuestro Palacio de las Academias, representa a un personaje que en su tiempo mucho hizo por el país. Es posible que su imagen no haya sido reproducida con la suficiente calidad artística; pero allí está, dando ante las actuales generaciones testimonio de que es posible ocuparse intensamente del país y amarlo.

Cuando se ve esa galería de retratos, se tiene que concluir que no ha sido la República infecunda en talentos creativos y en fieles servidores.

En esa galería de retratos tenía que estar Mario Briceño Iragorry y efectivamente lo estaba, pero su familia ha querido que una nueva imagen suya, más realista, tenga otras estéticas características que permitan conocer mejor la figura física de quien fue Don Mario Briceño.

Hoy aquí en la Academia la recibimos, de nuevo también con un libro en la mano. Quiero pedir al público que me permita volver a aquel viernes 28 de noviembre de 1952, aislarme del ambiente aquí presente y continuar mi conversación con don Mario Briceño antes de que él siguiese su camino y yo el mío, para decirle una sola frase: Don Mario, aquí lo tenemos de nuevo en la Academia, porque su mensaje sí ha tenido destino!

SEÑORES.

PALABRAS DE BEATRIZ BRICEÑO PICON, EN EL ACTO HOMENAJE A MARIO BRICEÑO IRAGORRY

Me ha correspondido esta tarde, en la cual la Academia Nacional de la Historia ha querido rendir un homenaje a Mario Briceño Iragorry, en este año en el que

celebraremos el nonagésimo aniversario de su nacimiento, decir unas breves palabras en representación de la familia de Mario Briceño Iragorry y de los miembros de esa modesta aventura cultural que es la Fundación que lleva su nombre, la cual inició su singladura con *avisos* y con *destino*, el mes de mayo de 1983.

Por primera vez nos reunimos como Fundación en un acto de la Academia de la Historia, a la que tantas horas y tanto afecto dedicó Mario Briceño Iragorry.

Los tres aspectos medulares de este acto tienen que ver de alguna manera con ese nuevo modo fundacional a través del cual Mario Briceño Iragorry continúa sirviendo y trabajando por Venezuela y sobre el cual volveré antes de terminar.

Ahora y en primer lugar, me referiré a la publicación de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia que acaba de presentarse. Es la primera vez que le ha correspondido a la Fundación ceder sus derechos sobre la obra *El Regente Heredia o la Piedad Heroica*. Y lo hicimos con enorme alegría porque consideramos que esa obra debía tener sitio en la Serie *Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela*.

No sabíamos entonces que el Director de la Academia, nuestro gran amigo el Dr. Guillermo Morón, iba a encomendar al Dr. Tomás Polanco, también amigo y muy apreciado, un prólogo que sin duda ha venido a aportarle a los nuevos lectores no sólo una guía para iniciar la lectura de la obra sino un toque humano de esa amistad de mi padre con tres generaciones de Polanco!

Si el Dr. Tomás Polanco al ver caminar al autor del *Regente Heredia*, hacia la esquina de San Francisco, un 28 de noviembre de 1952, vio cómo poco a poco se marchaba a la historia; yo veo hoy cómo desde la eternidad "Don Mario", entre comillas, nos conduce a pensar en la Patria, a continuar la lucha por rescatar los grandes valores que pueden hacernos sortear esa crisis de pueblo, que lejos de haberse superado desde la publicación de *Mensaje sin destino*, se ha hecho aún más crisis, más compleja y más difícil. Es una crisis de valores, de cultura y de ausencia de sentido de nuestra misión en la existencia.

Otro aspecto del acto es el que hace referencia a la donación por parte de la Fundación Mario Briceño Iragorry, de un óleo de nuestro epónimo a la Academia. Se trata de un retrato realizado por el pintor chileno Pascual Gambino el año 1961, tres años después de la muerte del homenajeado.

Este retrato ha estado durante muchos años bajo la extraordinaria custodia del Académico Dr. Mario Briceño Perozo, quien por encontrarse en Trujillo no ha podido acompañarnos esta tarde.

El Briceño Iragorry chileno, como le llamara uno de mis hermanos, acompañó al Dr. Briceño Perozo en muchos momentos de reflexión y de contemplación. Esperamos que ahora pueda servir también de compañía no sólo a los Académicos en sus quehaceres, sino a los jóvenes que se asomen por las galerías de la vieja Universidad de Caracas con el fin de enriquecer su espíritu en esos claustros que fueron durante tantos años cuna de nuestra Educación Superior.

Finalmente me corresponde a mí, dentro de este Acto Homenaje presentar a todos los aquí presentes, también a los ausentes, una obra recién publicada por el Ministerio de Educación bajo el patrocinio de la Fundación. Se trata del ensayo intitulado "El Humanismo Trascendente de Mario Briceño Iragorry", de la Profesora de la Universidad Central de Venezuela, Lic. Elvira Macht de Vera.

Este libro de la Profesora Vera mereció el Premio Único en el Concurso promovido por el Ejecutivo Nacional y el Ministerio de Educación, al conmemorarse en 1978 el 20º aniversario de la desaparición física de nuestro guía fundacional.

Nuestro conocimiento de la Profesora Macht de Vera es muy posterior al premio, como ella misma lo hace notar en la "Advertencia" que ha puesto al libro, pero fue muy estimulante su encuentro en los momentos en los cuales precisamente surgía el proyecto de esta fundación que debía dar alas y servir de motor a todo ese rico legado de humanismo trascendente que nos dejara Mario Briceño Iragorry.

Dentro del profundo aprecio y admiración de Elvira de Vera por el autor de "El Regente Heredia", "Mensaje sin destino", "Los Riberas" y tantas obras más, estamos seguras que la presentación de su libro, casi inadvertidamente, dentro de un homenaje de la Academia Nacional de la Historia a Mario Briceño Iragorry, la llena de satisfacción.

Nacida en Madrid, Elvira Macht es una venezolana a carta cabal que ha dedicado los últimos veinte años de su vida a la Universidad Central como profesora e investigadora.

Esta obra suya que hoy presentamos consta de tres partes y una introducción.

La Introducción trata de "El Signo de un pensamiento humanista" en Mario Briceño Iragorry y las tres partes sucesivamente están dedicadas a estudiar a través de la extensa obra de Briceño Iragorry: su "Visión profética" o La Historia recobrada; su cristianismo, como actitud vital, y finalmente "El Mensaje" como misión de su escritura.

"Briceño Iragorry, escribe la Profesora Vera al final de su libro, desde su visión profética de la Historia, en su humanismo trascendente de signo cristiano, activo y radical, asigna al escritor una función social y a la escritura una misión que se descubre en su mensaje. Es un quehacer, y por lo mismo, le concede un valor-trabajo pero en términos de espiritualidad: para ser grande e inmortal el producto no puede hacerlo depender de ningún determinismo, sea de base económica como el materialismo histórico o mecanicista-positivista. La escritura se manifiesta como Ejercicio Superior: llega al lector matizada por el temple de un alma donde se hermanan el humanismo capaz de responder a una realidad sensible, aprehendida por los sentidos, y el fuego de la intuición sublime. La literatura, para inscribirse en la eternidad, debe resistir la mordedura del tiempo. Sólo así se realiza dentro del mundo, en su circunstancia vital y existencial y prevalece con signo universal trascendente", y con la lectura de este párrafo del final de la obra de Elvira de Vera la dejamos en manos de ustedes y del gran público, de manera que cada quien pueda palpar con cuánta devoción y aprecio se acercó ella a ese humanismo trascendente que percibió en todo el quehacer de Mario Briceño Iragorry.

Para terminar, y como prometí al principio, quiero volver sobre la misión de esta quijotesca, por no decir delesmiana tarea de la fundación que represento, la cual sólo pretende ser el altavoz de ideas y pensamientos que nos parecen que pueden seguir, junto con los de tantos otros venezolanos, dando fruto para la juventud que hoy anda extraviada en la vorágine de una patria que clama por el rescate de los valores humanos y cristianos que deben darle el vigor necesario para fortalecer a sus hijos.

La Fundación no intenta convertirse en un cenáculo más de la cultura; simplemente aspira a mantener vivo para el pueblo y dentro del pueblo a un hombre y a un pensamiento que les pertenecen y que no podemos ni debemos ocultarle.

En esta misma línea la Fundación aspira seguir siendo para la Academia de la Historia como para la Academia de la Lengua, las universidades e instituciones de Educación Superior, Básica, Diversificada y cualquier otra institución educativa o cultural, un punto de apoyo, una servidora, que no sólo es agradecida sino que se ofrece para continuar trabajando en todo aquello en lo que se hubiera empeñado con entusiasmo ese Académico de cejas hirsutas y corazón de niño que es nuestro guía y ductor.

Muchas gracias.

EL SECUESTRO DE LA ESTANCIA DE ANAUCO, EN 1822
(DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE LA ARQUITECTURA
DE LA QUINTA DE ANAUCO)

Por CARLOS F. DUARTE

Al reestablecerse el gobierno patriótico, en 1821, se procedió a confiscar los bienes de los realistas que habían emigrado, según la nueva ley establecida. Las dos estancias de Anauco que había fundado don Juan Javier Mijares de Solórzano y que habían heredado sus hijos don Miguel Mariano y don Martín Antonio, respectivamente, fueron secuestradas entonces. Para ese momento, ambas se hallaban arrendadas a don José María Caraballo, propietario de otra estancia vecina. El embargo se efectuó el día 6 de agosto de 1821.¹ Se señalaba, como causa principal, que sus propietarios habían emigrado sin haber dejado otros herederos y haber “despreciado el período de la ley para redimirse de la confiscación que prescribe la misma”. Para ratificar esta causa y legalizar la confiscación de cada estancia, se llamaron a tres personas quienes atestiguaron que los propietarios habían emigrado “al ser ocupado el país por las armas de la República”, sin dejar hijos ni mujer, por ser solteros y que las posesiones las habían heredado de su padre, por lo que eran de su exclusivo dominio y propiedad. Luego se nombraron a los Maestros Mayores para evaluar la albañilería, la herrería y la carpintería de ambas edificaciones.

1. Registro Principal, Caracas, *Secuestros*, caja 704.

En el caso de la estancia de don Miguel Mariano, para evaluar las tierras y árboles se nombró a don José Manuel García de Noda. Finalmente, ambas propiedades se le entregaron a este último, por ser el vecino más próximo, en calidad de depósito y con la condición de que no produjera más de cincuenta pesos de su arrendamiento. Para el cultivo y adelanto de las plantaciones, se le daría algún suplemento. Todo el proceso de confiscación y avalúos, tardó más de un año, desde el 6 de agosto de 1821 hasta el 9 de noviembre de 1822, cuando se efectuó el último justiprecio.

Poco antes del secuestro, las casas de habitación de esas estancias habían sido saqueadas. La totalidad de los muebles de "la casa de Solórzano", de don Miguel Mariano (actual Quinta de Anauco) desaparecieron entonces. Tres de las puertas del inmueble estaban hechas pedazos, "y las más de las serraduras arrancadas y una puerta ventana también hecha pedazos". En cambio, en la casa de don Martín Antonio a pesar de que las puertas habían sido violentadas igualmente, aún quedaban "Dos armaduras de cama sin tablas, un copete de cama dorado, quatro escaparates descerrojados y rotos, nueve sillas de brazos forradas en suela, treinta y cinco sillas iden iden, cinco sillas de caoba quebradas, cuatro sillas de pajita, dos canapés forrados en suela y dos cajones grandes".

La esclavitud en su totalidad había huido y sólo en la casa de Solórzano, permanecía "un mulatico llamado Blas, muy enfermo". Las tierras por consiguiente estaban muy mal cuidadas, muy deterioradas y todo lleno de monte.

Ahora bien, los distintos avalúos que se efectuaron entonces arrojan importantes noticias sobre el aspecto primitivo de su arquitectura y permiten diferenciar ambas estancias claramente. Con respecto a la de don Miguel Mariano, la más lujosa indudablemente, estos documentos permiten identificar varios detalles de la casa construida en 1797, hoy ocupada por el Museo de Arte Colonial de Caracas, y permite distinguir ciertas modificaciones efectuadas poco después, entre diciembre de 1823 y julio de 1825, por el General Pedro Zaraza, y otras posteriores a éstas, en 1827, realizadas por el marqués del Toro.

Según el documento de embargo de esta estancia, la propiedad se componía de cinco fanegadas de tierra baja de sequero, con exclusión del sitio de la casa principal. De esas fanegadas, cuatro y media estaban sin cultivar, por ser de sequero y arenosas. La otra fanegada estaba sembrada de bucares y cambures que le daban sombra a seis mil árboles pequeños de café. Se indicaba que si estos cafetos se cuidaban bien, podrían producir en un lapso de dos años. Aparte, existían dos almácigos de café, con más de tres mil arbolitos "en disposición de trasponerlos"; trece matas de aguacate y treinta y siete árboles frutales: naranjos, guayabos, guamos, mameyes, guanábanos y caimitos. La tierra y los árboles se avaluaron en 1012 pesos 4 reales.

Cerca de la casa de vivienda había un pequeño rancho de bahareque, cubierto de teja, de cinco varas de largo (4 mts. aproximadamente) con tres piezas. La casa principal, de habitación, se describía, en primer lugar, como "una casa de tapias y rafas, cubierta de texas, con treinta y cinco varas de frente (29 mts. 26 cms. aprox.) y setenta y cinco de fondo (62 mts. 70 cms. aprox.) que comprende dos salas, dos corredores y nueve piezas de habitación, inclusive el oratorio y cocina

y dos caballerizas". Es de notar que las medidas dadas corresponden exactamente al perímetro actual de la casa, pero la descripción sólo coincide con el número de habitaciones existentes en el cuerpo principal y a las caballerizas. Aunque hoy sólo hay una caballeriza se sabe que la otra estaba anexa donde se halla actualmente la vivienda del conservador. En cambio el llamado pabellón, con el segundo piso, y la llamada cochera, también con un segundo piso, anexa al inmueble no aparecen referidas.

Los techos tenían trescientos trece y un tercio varas de cielo rasos de yeso, como aún los tiene. El piso estaba cubierto por "trescientos treinta y ocho varas de enladrillado, con sardineros (ladrillo puesto de canto en los bordes), más setenta y cinco varas de empedrado, todo lo cual responde a los materiales originales que aún pueden observarse. El maestro alarife calculó que la construcción tenía seiscientos cincuenta y seis varas de tapias y quinientas doce varas de cimientos. El herrero anotó que tenía cuatro ventanas (aún existentes) "en cuadrillo", o voladas, las dos mirando hacia el Oriente y las otras dos hacia el Occidente; todas con sus guardapolvos cubiertos de tejas y respectivas peñas o repisas. Según el avalúo, las hojas de estas ventanas se destacaban, y aún se destacan, por ser las más grandes, y se las describe como "puertas ventanas, con todos sus atavíos de cedro dulce". Otras seis ventanas tenían "rejas de varias dimensiones de cedro dulce" y que deben haber correspondido a las cuatro ventanas que dan sobre los corredores y las dos que están en los cuerpos laterales de la fachada principal. Hoy la de los corredores ostentan rejas de hierro de barrotes redondos, típicos del siglo XIX. En cambio, las de la fachada principal, tienen rejas voladas en "cuadrillo", de barrotes cuadrados, guardapolvos y repisas de moldura, de mampostería, quizá agregadas hacia 1824 por el general Zaraza.

También se nombran unas tres claves de ladrillo que deben ser las de las tres puertas mayores que dan salida hacia ambos corredores desde la sala y el comedor y la que la comunicara entre sí. En total se anotaron veintiuna puertas, de varias dimensiones, de cedro dulce. Entre éstas, había catorce de dos manos, o de dos hojas, con sus respectivas cerraduras y aldabas moriscas comunes y dos de una sola hoja, también con sus respectivos herrajes. En este conjunto de puertas se incluía la del oratorio, "dos que miran hacia Occidente" (quizá la puerta de entrada y la de la caballeriza), y una también con su herraje, "que mira hacia el Oriente", acaso situada donde hoy está la ventana del segundo patio del alto. Con respecto al número de puertas no debe olvidarse que para el momento del avalúo tres puertas estaban hechas pedazos y a la mayoría se les había arrancado las cerraduras, por lo que no se avaluarían, todo lo cual podría llevar a cierta confusión.

En el avalúo del maestro de carpintería también aparecen "once alhacenas con todos sus atavíos de cedro dulce", y en la lista del herrero, sólo "siete cerraduras de alhacenas", lo cual indica quizá un caso semejante al de las puertas, aunque también podría pensarse que no todas tenían cerraduras. Esta cantidad de once alhacenas no corresponde al número existente en la actualidad ya que sólo existen cuatro grandes y dos pequeñas. No hay duda que la ubicación de las cinco que faltan se hace difícil precisar, a excepción de una que seguramente estaba en la pared de fondo del cuarto ocupado por el oratorio, a semejanza de la que existe en la sala opuesta.

donde está el escritorio. De la cocina, sólo se dice que tenía “Un fogón con su campana”.

Los techos estaban sostenidos por ciento cuarenta y seis viguetas sin labores. Asimismo había sesenta y siete viguetas “de aleros redondos sin labores” y treinta y cuatro “de aleros labrados”, estos últimos quizá en los corredores principales.

En cuanto a los entornos del inmueble, se especificaba que tenía un jardín, “avaluado en ciento cuatro pesos” y dos asientos de calicanto puestos en el camino.

La construcción u obra de albañilería se avaluó en ocho mil quinientos cuarenta y cinco pesos dos y medio reales; la herrería en quinientos noventa y dos pesos cuatro reales y la carpintería en un mil quinientos cincuenta y siete pesos tres reales; todo lo cual alcanzó la cantidad de diez mil seiscientos noventa y cuatro pesos seis tres cuartos reales. Si le agregamos el valor del terreno y los árboles frutales y de café, la propiedad completa valía entonces once mil setecientos siete pesos dos tres cuartos reales.

Por el contrario, la casa y estancia de don Martín Antonio, contigua a ésta, era mucho más modesta en tamaño y construcción y su avalúo total fue de dos mil quinientos treinta y un pesos cinco y medio reales.² La casa de vivienda era mucho más pequeña, hecha de bahareque doble, encalado, cubierta de teja, de treinta y nueve varas de largo y quince varas de ancho. Comprendía una sala, dos corredores y seis cuartos con catorce puertas de distinto tamaño. Las ocho ventanas tenían rejas de cuadrillo. El piso estaba enladrillado y en algunas orillas había sardineles y en otros lugares estaba empedrado. Contiguo a la casa había un rancho de treinta y siete varas de largo que servía de cocina, más dos cuartos. El inmueble estaba en muy mal estado, seguramente por efecto del terremoto de 1812. Además de tener las puertas maltratadas por el saqueo, todos los bahareques estaban apuntalados.

Poco después de haberse practicado estos avalúos, el 19 de diciembre de 1823, la estancia de don Miguel Mariano fue dada en arrendamiento al General Pedro Zaraza con obligación de pagar el cuatro por ciento sobre su valor. Zaraza la habitó durante un año y siete meses, lapso durante el cual realizó algunas mejoras. Lamentablemente no se ha podido precisar aún qué tipo de mejoras ejecutó en la casa. En su testamento, redactado un día antes de su fallecimiento, el 25 de julio de 1825, sólo afirma que estas mejoras figuran en los inventarios que mandó a levantar con motivo de la solicitud que hizo el gobierno para la adjudicación de la propiedad, en pago de su haber militar, pero estos avalúos no han podido ser localizados. En efecto, el gobierno le debía veintisiete mil pesos en sueldos y otros haberes. Según un avalúo, sobre el cual se pretendía cobrarle el porcentaje del alquiler, la propiedad, sin incluir la construcción, ascendió a veintidós mil ciento ochenta y un pesos. Por esta razón el arrendatario instó a que se hicieran nuevos avalúos pero según éstos la finca alcanzó un valor de treinta y tres mil novecientos cincuenta y dos pesos.³ Entretanto, el tiempo corrió y no llegaron a ningún acuerdo y por esta razón no

2. RPC, *id.*

3. Este precio seguramente debía incluir las dos propiedades aunque el avalúo sin duda era muy alto.

llegó a cancelar los alquileres. A su muerte, el Colector de Secuestros demandó a su viuda y herederos por el cobro de esos alquileres. El 28 de julio se sabe que la casa fue nuevamente justipreciada por el alarife José Ignacio García.⁴

El 19 de enero de 1826, las dos propiedades fueron adjudicadas a Samuel D. Forsyth, en pago de haberes y vales militares, según la ley de repartimientos de bienes nacionales.⁵ Luego como es sabido Forsyth arrendó la propiedad que había sido de don Miguel Mariano Mijares, el marqués del Toro. Posteriormente éste se la adquiriría. . .

LA CUSTODIA DE LA PALMA

Por CARLOS GONZÁLEZ BATISTA

El vívido tema de las relaciones canario-venezolanas desde los primeros tiempos de la época colonial dista mucho de haberse agotado como objeto de estudio, o de cesar como fenómeno. Estando el archipiélago canario tan ligado al ser de nuestro país, este intercambio constituye obviamente un capítulo ineludible de nuestra historia, capítulo que está aún por escribirse, y cuya importancia sólo en parte se vislumbra. Un aspecto más de esas relaciones, fecundas como se sabe en el terreno artístico, es lo que a continuación se reseña: la existencia de una de las obras capitales de nuestra orfebrería dieciochesca en Canarias, la custodia de La Palma.

Es posible que sea Canarias en su conjunto la región de España más rica en obras de platería. Este hecho, sorprendente si consideramos su relativa marginalidad política y económica con respecto a la península Ibérica, alcanza su explicación precisa en esa misma circunstancia. Por su existencia periférica no sufrió en su integridad artística y monumental las consecuencias desastrosas de la invasión napoleónica ni de la guerra civil de 1936; no contando con otra merma significativa en su patrimonio que la confiscación efectuada por el Estado en los bienes conventuales, a comienzos del siglo XIX.

Toda esta ingente riqueza, sin par en España¹ se conserva fundamentalmente en los distintos templos y santuarios insulares. El Dr. Hernández Perera, en un libro fundamental,² realiza el estudio más completo que existe hasta el presente sobre la materia. En él, no sólo se ocupa de la orfebrería propiamente canaria, sino también de las numerosas obras de importación. Es así como se agrupan las obras americanas según el lugar de proveniencia, ya sea éste México, Perú, Cuba o Venezuela. Siendo todas aquellas provincias y aun tras su independencia, hasta hace poco, metas

4. Archivo General de la Nación, *Gran Colombia*, tomo CCLIX.

5. RPC. *Libros de Comprobantes*, 1827.

1. Baste con decir que es posible estudiar la evolución de la rica orfebrería mexicana de los siglos XVII y XVIII con las obras de dicha procedencia existentes en las Islas.
2. JESÚS HERNÁNDEZ PERERA, *Orfebrería de Canarias*, Instituto Diego Velázquez, Madrid, 1955.

frecuentes, sobre todo Cuba y Venezuela, de las migraciones canarias. El primer lugar en cuanto al número y calidad de sus legados a las islas, se lo lleva México, lo que era previsible dado el extraordinario desarrollo de su orfebrería virreinal, y la riqueza minera de la Nueva España. Esta circunstancia, asociada al conocimiento de los estrechos vínculos comerciales entre México y Venezuela, hizo expresar a aquel autor sus reservas frente a obras de primera magnitud enviadas a Canarias desde nuestro país por la piedad y el poder económico que alcanzaron aquí algunos isleños.³ Así, no es de extrañar, que el capítulo dedicado a las obras venezolanas reciba el ambiguo (y pintoresco) título de "Regalos de Venezuela".

Siempre se supo que la custodia provenía de Venezuela, y en este sentido son muy explícitos los inventarios de alhajas efectuados en la parroquia de El Salvador, en Santa Cruz de La Palma, capital de la isla.⁴ Sin embargo, considerando los hechos arriba expuestos en relación al poderoso influjo mexicano en el área del Caribe, se ha puesto en tela de juicio la filiación venezolana de esta custodia. Hernández Perera declara que "es presumible la adquisición de estas obras directamente en talleres de Nueva España".⁵ La necesidad de despejar las dudas existentes al respecto nos movió a escribir estas líneas. Pensamos, que igualmente se impone la revisión de este criterio frente al resto de las obras venezolanas existentes en Canarias. Es indiscutible que la opinión del expresado autor se deriva del desconocimiento de la calidad de nuestra orfebrería y si este desconocimiento era explicable a comienzos de la década del cincuenta, hoy en día ya no se justifica, sobre todo por la obra que sobre el tema viene desarrollando Carlos Duarte.⁶

En 1779 D. José Gabriel Fierro⁷ remitió la custodia desde Caracas. Carente de punzón y de cualquier otro tipo de marca, conserva en el interior del pie una leyenda alusiva al gesto del munífico palmero: "Diola D. José Fierro Santa Cruz

-
3. Hernández Perera muestra la misma desconfianza frente a las obras cubanas existentes en Canarias juzgándolas así mismo, obras mexicanas en su mayoría.
 4. En el de 1782 se dice: "Una custodia sobredorada magnífica, que donó D. José Fierro de Caracas...". HERNÁNDEZ P., *Op. cit.*, p. 207. En el de 1860, en la sección de alhajas de plata, leemos: "Primeramente, una custodia grande... de plata sobredorada con muchas piedras preciosas y una venera de brillantes, que en su estuche de madera mandó de regalo de Caracas en 1772 (según parece error del copista) don José Gabriel Fierro y Santa Cruz, natural de esta ciudad". *Archivo Arciprestal de La Palma*. Inventarios, 1860.
 5. HERNÁNDEZ PERERA, *Op. cit.*, p. 201.
 6. Podríamos citar como título más representativo su *Historia de la orfebrería en Venezuela*, Monte Avila, Caracas, 1970.
 7. "Don José Gabriel Fierro de Torres y Santa Cruz, Sargento mayor de Caracas y Caballero profesor del Hábito de Calatrava, casado con Doña Isabel de Sucre y Pardo, falleció en edad avanzada, habiendo testado y fundado un Patronato para su familia por ante el escribano Don Bernardo José Romero el 30 de diciembre de 1791". *Nobiliario de Canarias*, V. II, La Laguna, Tenerife, 1954, p. 863. Al parecer en 1752 D. José de Fierro Santa Cruz se encontraba recién instalado en Venezuela, pues un documento de esa fecha lo declara *residente*. *Registro Principal de Caracas*, Escribanías, 1752, f. 28 vto. En 1765 ya figura como sargento mayor de Caracas, *RPC*, Escribanías, 1765, f. 118. El mismo año del envío de la custodia figura en otro documento instituyendo un censo de 300 pesos a favor de la Virgen del Rosario sita en el convento de San Jacinto, a fin de que en la fiesta de la Asunción se descubriera e iluminara dicha imagen, celebrándose cinco misas rezadas (12 de agosto de 1779). *RPC*, Escribanías 1779, f. 111.

caballero de la orden de Calatrava". No satisfecho con tan espléndido donativo, envía poco después su venera de la orden de Calatrava, espléndida joya en rubíes y diamantes, enriqueciéndola aún más. Como quiera que en el inventario de 1782 se reseña la custodia sin la venera, suponemos que poco después le sería colocada en la parte baja del sol e inmediatamente sobre el *Agnus*. Una vez incorporada, la custodia alcanzó su configuración definitiva y un número cercano al medio millar de piedras preciosas, que le confieren una grata policromía. Veremos en seguida por qué la obra es venezolana, pero antes conviene atender una vez más al Sr. Hernández Perra: "El último legado de platería venido de Caracas es una pieza de primer orden, la obra más sobresaliente de cuantas se conservan en la isla de La Palma y una de las más valiosas por su labor y pedrería que guarda el archipiélago".⁸

Tras un análisis estilístico es posible incluir plenamente a la custodia palmera entre las obras seguras del orfebre caraqueño Francisco de Landaeta. Este orfebre, de gran prestigio en el centro del país durante la segunda mitad del siglo XVIII, ha sido identificado por Duarte, estimando este autor que el mismo, permaneció activo entre 1740 y 1802. Francisco de Landaeta, quien también era capitán de la milicia de pardos de Caracas, poseía su tienda de platería "...al sur de la ciudad, en la calle que va del chorro del convento de San Francisco para el puente nuevo de la Hoyada que llaman de Cienfuegos".⁹ allí lo visitaría D. José Fierro para contratar la obra que nos ocupa.

De Landaeta se conocen más ostensorios y relicarios en forma de custodia, que del resto de los orfebres venezolanos del siglo XVIII. Desde luego, no todas ellas tienen el mismo interés. Esa desigualdad de factura ha sido observada por Duarte, y creemos que es atribuible en buena medida a la participación del taller. A veces son obras de una insigne pobreza de inventiva (la custodia *Dubois*, por ejemplo), en otras, un diseño (magnífico) se ve algo empañado por una ejecución descuidada (relicario de San Mateo), otras veces, el acierto es indiscutible y salen entonces de las manos de Landaeta piezas como la custodia de *San Francisco*, o la de *La Palma*, dos de sus obras principales. Todo ello es posible según la diversa participación del maestro, la naturaleza e importancia del encargo y hasta del mismo comitente.

El carácter popular de Landaeta no se oculta en ninguna de sus obras y no sólo por el esquematismo y la deformación presentes en muchas de sus figuras (por ejemplo en el portaviático del *Museo de Arte Colonial*) sino también por la convergencia en la mayor parte de su obra de elementos arcaicos y novedosos en un diseño unitario. Este "eclecticismo" propio de todo arte provincial que engloba las nuevas expresiones estilísticas al contexto de las anteriores, es, según estimamos, consustancial con el arte venezolano de la Colonia. Nuestra verdadera tradición artística es la tradición de lo popular; incluso la extracción social y formación (posible) de Landaeta no haría sino confirmar este aserto, al ubicarlo en la ricamente expresiva categoría de los artífices pardos de Caracas.

En el estado en que se encuentran las investigaciones sobre Landaeta es imposible establecer con claridad una cronología para sus obras. El conocimiento de

8. HERNÁNDEZ P., *Op. cit.*, p. 206.

9. C. DUARTE, en *Arte de Venezuela*, Concejo Municipal del Distrito Federal, Caracas, 1977, p. 50.

la evolución artística está supeditada por lo pronto a la relación de obras afines con ciertas piezas seguras y susceptibles de ser fechadas con relativa exactitud, como ocurre con la corona realizada para el *San José* de la catedral de Caracas.¹⁰ Mas, ni aun así, se podría establecer una línea evolutiva que con seguridad configure el *corpus* del maestro, sobre todo por la convergencia anotada, de formas tradicionales y novedosas.

Si distinguimos las partes constitutivas de cualquier custodia como las que realiza Landaeta, en *pie, astil y sol*, descubriremos con mayor claridad el modo en que este artífice opera con sus elementos.

El diseño del pie guarda generalmente una estrecha relación con el astil, salvo en la custodia de San Francisco, donde por el contrario destaca la diferencia entre el movido repujado del primero y la concepción tradicional del segundo. Es la misma diferencia observable en la custodia mexicana del templo de San José, en Caracas, la cual, como bien ha hecho observar Duarte, ha servido a Landaeta de fuente de inspiración. Pero en la sucesión de formas presentes en el astil de la custodia mexicana, se aprecia una mayor fluidez; sus tres grandes óvalos estriados, se ven sustituidos en la obra de Landaeta por secciones provistas de asas o en forma de vasija de sabor un tanto arcaico, y solamente el nudo ovalado al centro del astil mantiene cierta semejanza con la obra mexicana de González.

Los astiles, salvo en el relicario de San Mateo, son siempre tradicionales, superponiendo Landaeta, cuerpos convexos y cilíndricos separados por los consabidos toros y escocias. De modo que siempre destaca en los mismos, un nítido diseño, generalmente abalaustrado, de tradición renacentista.¹¹ Generalmente terminan en vasijas, dos superpuestas en el caso de San Francisco, una en el de La Palma). En los tres casos enumerados, así como en el expositor de la *cofradía del Espíritu Santo de Valencia*, tanto el pie como el astil aparecen repletos de una decoración fitomórfica que en la custodia palmera es de refinadísima técnica y acompañada de calados.¹² Esta prolija decoración vegetal (a veces rígidamente simétrica, diríase neoclásica) tan cara a Landaeta, se expresa además en La Palma mediante el motivo simbólico de los ramos de vid en lámina recortada de plata.

Por lo compacto de sus rayos y por alguna que otra solución se podría asumir que el sol de la custodia palmera es posterior al de los restantes ostensorios, de no

10. Un guión de plata, existente en el tesoro de la iglesia palmera, es con toda probabilidad de Landaeta, por la evidente relación con la corona de San José. Llama particularmente la atención los extremos bilobulados y enrollados en los ángulos del guión, que recuerda el diseño de la cruz que remata la corona caraqueña. Por otra parte, cabe señalar que la técnica de la lámina recortada de plata la volveremos a encontrar en la custodia. Dicho guión también fue donado a la iglesia palmera, por Fierro, conforme a lo publicado por Alberto Fernández en su artículo: Festividad del Corpus Christi en Santa Cruz de La Palma, en *Diario de Avisos*, La Palma, 3/5/67.

11. Este diseño se repite en las obras aún más tradicionales realizadas por ciertos orfebres del interior del país.

12. Una obra realizada seguramente por Landaeta es la corona anónima para la inmaculada de la catedral de Caracas, publicada por Duarte en su *Historia de la orfebrería en Venezuela*, pues sus calados muestran una relación incontestable con la custodia palmera así como el halo estrellado que la rodea recuerda el expositor de Valencia antes nombrado.

ser el de San Mateo. Observamos asimismo la ausencia de estrechas terminales en los rayos; éstas se disponen en óvalo a mitad del recorrido de los mismos. Pero antes de continuar con el sol procede reparar nuevamente en el astil. El nudo en forma de bellota rodeada de brácteas y calada con puntos dispuestos en franjas helicoidales, da lugar a una especie de vasija o cesto calado con un motivo reticular decorado con pámpanos y sarmientos que se retuercen para sostener racimos de uvas, motivo que recuerda extraordinariamente uno similar en el relicario de *San Mateo*. Sobre este elemento se abre un grueso capullo también rodeado de brácteas, del que se desprenden sendas ramas de vid con hojas y frutos a ambos lados del Agnus Dei, quizá la pieza de fundición más hermosa que salió de las manos de Landaeta. Este bello motivo eucarístico lo encontraremos, aunque de un modo más rudo, en otra obra venezolana atribuible al círculo del maestro caraqueño, nos referimos a la custodia de la parroquia de Candelaria en Caracas; esta última demuestra el influjo ejercido por la custodia palmera en el ambiente local. Todavía otro motivo eucarístico aparece en el sol de la custodia de Canarias, es un motivo característico de las postrimerías del siglo, los rayos rectos y flameados que se alternan entre espigas cuyos granos, en este caso, son diamantes.

Como se ve, resulta interesante comparar la custodia de La Palma con esas otras piezas realizadas por Landaeta y existentes en Venezuela, como la custodia varias veces mencionada de *San Francisco*, el relicario de *San Mateo*, la custodia de *San Francisco de Yare*, o la perteneciente a *Dubois*, en Caracas. En todas ellas aparece un motivo característico del artista, aunque de raigambre mexicana, el querubín provisto de cuatro alas, dos de ellas extendidas hacia arriba, y las otras dos dobladas hacia abajo, que enmarcan un rostro hierático de rasgos mestizos, con dos rizos caídos sobre la frente. Siempre aparece en la base del sol sosteniendo la caja del viril directamente sobre la cabeza. En el caso de la custodia palmera además de este ángel que provoca la curiosa impresión de salir de un apretado cerco de pequeñas esmeraldas cuadradas en el remate del astil, tal genio que escapara de alguna vasija, aparecen otros tres, dispuestos simétricamente en torno al viril, aunque con la diferencia de presentar un solo par de alas. Las del querubín principal, aquel que sostiene el sol con su cabeza, muestran plumas que alternan el dorado y el color natural de la plata, incrementando la ya rica policromía de la custodia; este elemento, capital para la iconografía del orfebre, también pudo haber sido tomado de la custodia mexicana de San José de Caracas. Por último, no está de más señalar que la custodia venezolana de *La Palma*, influyó notablemente en la concepción de algunas custodias insulares, como la del convento de las monjas Dominicas hoy también en El Salvador, y en una existente en el santuario de la Virgen de Las Nieves, ambas realizadas por el orfebre palmero Antonio Juan de Silva a comienzos del siglo XIX.

Entre las custodias de Landaeta, indiscutiblemente, es esta de La Palma, la de más elegante diseño. La maestría del orfebre se confirma al lograr conjugar de un modo tan ponderado y casi al margen de las formas al uso, un diseño claro y a la vez vibrante, dejándonos para siempre en aquel *metal insomne* que extraían anónimos indios de las entrañas de México,¹³ un juego armonioso de formas esféricas y ova-

13. Para decirlo con Cernuda en su célebre poema a Góngora.

ladas, que estalla, literalmente, en riqueza material y simbólica en torno a la divinidad (lo más humilde de toda la custodia: un trozo de pan sacramentado), para culminar en la cruz, ajustada, como no podía ser menos, a los cánones de Landaeta, símbolo central del destino cristiano y de aquella sociedad hispano-provincial tan profundamente sacralizada en los albores de nuestra nacionalidad.

PEDRO JOSE ATAHUALPA MUÑOZ DELGADO

Por P. N. TABLANTE GARRIDO

Don Pedro José Atahualpa Muñoz Delgado nació en Guanare, 22 abril 1888, en gobierno del Encargado de la Presidencia de la República, General Don Hermógenes López; hijo de Don Pedro Muñoz y Doña Amanda Delgado. Hermano suyo, Don Miguel Lorenzo Muñoz Delgado, fue poeta laureado, muerto en la juventud. Graduado Agrimensor público y bachiller en ciencias filosóficas, 1904. Entre 1904 y 1908 estuvo en Caracas: fue entonces amanuense en el bufete del distinguido abogado Domingo Antonio Coronil; volvió a Guanare: en 1911 fue ahí profesor de Geografía e Historia Universales, y de Castellano, y también Director de los periódicos *El Orden* y *Heraldo de la Paz*; regresó a Caracas: en 1911 fue Secretario privado del mismo Dr. Coronil, que era entonces Director de Secretaría General del Presidente de los Estados Unidos de Venezuela, General Don Juan Vicente Gómez Chacón. El joven guanareño comenzó estudios de medicina: discontinuólos. Graduado profesor por el Instituto Pedagógico Nacional: tesis suya de grado intitulase *La Labrys Rota, visión de una cultura desaparecida*. En instituto de Ciudad Bolívar y en los Liceos Andrés Bello, Gran Colombia y Alcázar, en Caracas, él fue profesor de Historia y Geografía Universales. Ocupó varios destinos en la Administración Pública; vivió en Barcelona y Ciudad Bolívar. En el diario *El Universal* mantuvo sección dominical intitulada *Ocurrencias y sucesos*, fue colaborador de la revista *Elite* también. Don Pedro José fue primer Subdirector del Archivo General de la Nación. Distinguido con Orden del Libertador, Orden Francisco de Miranda, Orden Andrés Bello, Orden 27 de Junio, I Clase, Medalla de Oro; honramiento de la Academia de Historia y Geografía de México. Don Pedro José se casó con Doña María Columba de Hernández Rengel de Muñoz Delgado, dama de Aragua de Barcelona, muerta en 1975; padres de Doña Amanda Muñoz de Febres Cordero, y Doña Beatriz Mercedes Muñoz Hernández; con nietos y biznietos.

Don Pedro José Atahualpa Muñoz Delgado fue Vocal de Número de la Academia Nacional de la Historia, *corporación de carácter literario*, fundada por Decreto Orgánico de 28 octubre 1888 del Presidente Constitucional de los Estados Unidos de Venezuela, Doctor Juan Pablo Rojas Paúl, civilizador y benefactor, con refrendo del Ministro de Fomento Don Vicente Coronado. Ocupó la Silla LL, la cual ha sido confiada a tres Vocales de Número: Don Francisco González Guinán, fundador, desde 1888 hasta 1932; Don Rafael Requena, de 1933 a 1946, no se recibió; y Don Pedro José Atahualpa Muñoz Delgado: elegido en 19 julio 1946, incorporóse en 16 julio

1951, murió en 31 julio 1986, a la edad de 98 años, tres meses y nueve días, y permaneció cuarenta años y doce días en la Ilustre Sociedad, de la cual fue decimotercer Vocal de Número Decano, desde 29 junio 1979 hasta 31 julio 1986, por siete años y un mes. En discurso suyo de recepción él desarrolló el argumento *La elegía de la ciudad que se va...*: contestólo y dióle bienllegada Don Mario Bri-ceño Iragorry, académico, y Cronista de la Ciudad de Caracas. Fue Bibliotecario de la Academia, bienio 1959-1961. Miembro Correspondiente Nacional del Centro de Historia del Estado Trujillo, Miembro Correspondiente Extranjero de la Real Academia de la Historia, de Madrid. Otros cometidos que la Academia Nacional de la Historia confió a Don Pedro José y él cumplió con pericia: Secretario Interino del Comité de Orígenes de la Emancipación; Comisionado para representar a la Academia en el Congreso Grancolombiano de Historia y en el V Congreso Internacional de Historia de América; Comisionado por la Academia en conmemoración de muerte del General en Jefe Don José Antonio Páez; Delegado a la Asamblea del Instituto Panamericano de Geografía e Historia; Miembro de las Comisiones de Biblioteca y Archivos y de Publicación (Serie República de Venezuela) de la Academia Nacional de la Historia; Designado por la Academia Nacional de la Historia integrante de las Comisiones de Biblioteca y Archivo y Publicaciones (Serie Republicana). Estuvo en Congresos Internacionales; componente de Jurado para certamen histórico. La Academia tributóle homenaje merecido. El contestó discurso de incorporación de Don Carlos Manuel Moller, y dióle bienllegada, en 31 marzo 1966.

Don Pedro José Atahualpa Muñoz Delgado es postrer sobreviviente de Vocales de Número nacidos antes de fundación de la Academia Nacional de la Historia, y en el resto del siglo XIX: murió casi centenario, el más añoso de los Vocales de Número de la Academia, y el tercer venezolano más longevo de las Academias nacionales: primero, Don Henrique Toledo Trujillo, cien años, de la Academia Nacional de Medicina; segundo, Don Juan Bautista Bance Salazar, 99 años, de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, y tercero, Don Pedro José Atahualpa Muñoz Delgado, 98 años, de la Academia Nacional de la Historia. En martes 22 abril 1986 el Director Don Guillermo Morón Montero y el Secretario Don José Antonio de Armas Chitty visitaron en su hogar en Las Lagunitas a Don Pedro José para darle saludo fraternal de sus colegas en nonagesimo-octavo cumpleaños suyo: él agradeció esa acción noble, y con aplomo díjoles que estaba preparándose para recibir a los académicos en su centésimo cumpleaños. La Academia sancionó en 31 julio 1986 acuerdo de duelo por fallecimiento del academista Muñoz Delgado.

He aquí título de 48 escritos, tanto valiosos como abundosos y de índole varia, de Don Pedro José Atahualpa Muñoz Delgado publicados durante 33 años, entre 1952 y 1985, en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, y número y fecha del *Boletín...* contenido de cada uno, para facilitar a personas interesadas en esos asuntos enterarse de los mismos, y facilitarles pronta localización:

Elogio de José Rafael Revenga (Número 137, enero-marzo 1952). *Palabras en el acto inicial de la conmemoración del centenario de la muerte de Humboldt*, y *Palabras en el acto del sepelio del doctor Juan José Mendoza* (Número 166, abril-junio 1959). *Informe acerca de una colección de fotografías y otros documentos gráficos, de interés histórico, existentes en la Academia* (Número 167, julio-septiem-

bre 1959). *La Campaña Admirable en Los Llanos (Breve ojeada a una empresa imponderable)*. (Lectura en la Academia Nacional de la Historia en su junta ordinaria del 4 julio 1963) (Número 183, julio-setiembre 1963). *Breves apuntes acerca del negro en Ibero-América, e Informe acerca de la consulta hecha a la Academia por el señor Ambrosio Castro, de Higuerote, acerca de la señora Eulalia Ramos Sánchez de Chamberlain* (Número 187, julio-septiembre 1964). *Palabras en el acto de las exequias de don Jesús Antonio Cova* (Número 188, octubre-diciembre 1964). *Caracciolo Parra Pérez: Informe acerca de la vida y la obra de Don Alejandro Alvarez (1868-1960)*. (Traducción de Pedro José Muñoz) (Número 189, enero-marzo 1965): es discurso de incorporación del Dr. Parra Pérez, *El meridiano universal*, a la Academia de Ciencias Políticas y Morales del Instituto de Francia, en su carácter de Individuo de Número, sucesor del chileno Alvarez. *Homenaje a Doña Luisa Cáceres de Arismendi* (Número 194, abril-junio 1966). *Informe a la Academia Nacional de la Historia. Caracas, 24 febrero 1966*. (Revisión de cuentas y recaudos presentados por la Comisión de Publicaciones referentes al manejo de los fondos que el Gobierno Nacional suministró en 1965) (Número 193, enero-marzo, 1966). "Don Simón Rodríguez tal cual fue . . .", por Mercedes Alvarez, reseña (Número 201, enero-marzo 1968). *En homenaje a Don Manuel Segundo Sánchez* (Número 202, abril-junio 1968). *La reedición facsimilar de la "Gaceta del Gobierno de Lima"* (Número 203, julio-setiembre 1968). *Lucila Luciani de Pérez Díaz: "Miranda. Su vida. Su obra"*, y *Mario Briceño Perozo: "El Bolívar que llevamos por dentro"*, dos reseñar, y *Robespierre visto por los artífices de la Independencia de la América Española, por Manfred Kossok*. Traducción de Pedro José Muñoz (Número 204, octubre-diciembre 1968). *Elogio del General José Antonio Anzoátegui en el sesquicentenario de su muerte* (Número 208, octubre-diciembre 1969). *Evocación de Panamá (Carta a Diógenes de la Rosa)*, e *Imagen de Jesús Antonio Cova* (Número 210, abril-junio 1970). *Homenaje a la memoria de Don Laureano Vallenilla Lanz en el centenario de su nacimiento* (Número 212, octubre-diciembre 1970). *Bermúdez y la Liberación de Caracas* (Número 214, abril-junio 1971). *El Canto del Cisne* (Número 215, julio-septiembre 1971). *Informe sobre el Congreso Grancolombiano de Historia* (Número 216, octubre-diciembre 1971). *Ideario sociológico. Doctor Ramón González Paredes, reseña* (Número 218, abril-junio 1972). *Síntesis de un destino heroico, y Carlos Felice Cardot: Curazao Hispánico (Antagonismo flamenco-español)*, reseña (Número 222, abril-junio 1973). *Caracas de un siglo a otro* (Número 223, julio-setiembre 1973). *Boves: El Rebelde* (Número 224, octubre-diciembre 1973). *Breves anotaciones acerca de la esclavitud y de la liberación de los esclavos en Venezuela* (Número 225, enero-marzo 1974). *Homenaje al Doctor Santiago Key Ayala, y Tito (Memoria de Tito Salas)* (Número 226, abril-junio 1974). *Los que yo conocí - Rufino* (Número 230, abril-junio 1975). *Elogio del Ilustrísimo Doctor José Vicente de Unda; El Retorno (Breve ojeada a un hombre y a su época)*, e *Informe sobre el Fortín San Gabriel* (Número 231, julio-agosto-septiembre 1975). *Evocación del descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colón y del encuentro de Curazao por Alonso de Ojeda. 1492-1499* (Número 232, octubre-diciembre 1975). *En homenaje al académico General Pedro Arismendi Brito, y Palabras en la Junta de la Academia Nacional de la Historia* (Número 234, abril-junio 1976). *Elogio del Doctor Rafael Villanueva Mata* (Número 235, julio-septiem-

bre 1976). *Un saludo emocionado a la ciudad de Barinas* (Número 239, julio-septiembre 1977). *Coro: claro esplendor de grandeza* (Número 240, octubre-diciembre 1977). *Palabras en el cementerio del Este* (Número 241, enero-marzo 1978). *Luis Correa (Paradigma de sencillez y sensibilidad)* (Número 242, abril-junio 1978). *Jornada académica* (Número 245, enero-marzo 1979). *Justa y merecida apreciación, reseña* (Número 246, abril-junio 1979). *Apertura del centenario del Ministerio de Educación* (Número 250, abril-junio 1980). *Sobre la enseñanza de la Historia de Venezuela. Informe* (coautor) (Número 251, julio-septiembre 1980). *La Academia Nacional de la Historia y la enseñanza de la Historia en Venezuela. Informe de la Comisión* (coautor) (Número 269, enero-marzo 1985). Además, mismo *Boletín*... publicó: a) *El profesor Pedro José Muñoz presentó a la Academia Nacional de la Historia un documento relativo a la partida de defunción del General José Gregorio Monagas* (Número 145, enero-febrero-marzo 1954). b) *Lectura de una página elegíaca sobre Caracas con motivo del sismo del 29 de julio* (Número 199, julio-septiembre 1967). c) *Conferencia del Profesor Pedro José Muñoz en la Academia Nacional de la Historia* (Número 200, octubre-noviembre 1967).

El academista Muñoz Delgado es autor de: *Imagen afectiva de Caracas; Salutación y elogio*: discurso pronunciado en Junta Solemne celebrada por la Academia Nacional de la Historia en Los Teques, conmemorativa de ducentésimo año de fundación de la ciudad, 21 octubre 1977; *Memorias de un transeúnte, 1951*: recopilación de sección suya *Ocurrencias y sucesos* mantenida en *El Universal; Chavelo y otros cuentos, 1957; Crónica de Guanare*.

En el diario *El Vigilante*, Mérida, jueves 13 septiembre 1979, publiqué escrito *Pedro José Atahualpa Muñoz Delgado: Vocal de Número de la Academia Nacional de la Historia*. Don Luis Beltrán Guerrero, Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua Correspondiente de la Real Academia Española, Senador de la República, Vocal de Número de la Academia Nacional de la Historia, Cabilante de Caracas, publicó *Don Pedro José Muñoz*, en sección *Candideces, El Universal*, 5 agosto 1986: noble, tierno, cariñoso escrito a la memoria gratísima de Don PEDRO JOSE ATAHUALPA MUÑOZ DELGADO.

HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ

INDIVIDUO DE NUMERO DE LA ACADEMIA BOLIVIANA DE LA
HISTORIA Y DE LA LENGUA, CORRESPONDIENTE DE LA REAL
ACADEMIA ESPAÑOLA

Por RAQUEL MORENO DE ROJO *

La Academia Nacional de la Historia lamenta informar que hace unos meses falleció en Santa Cruz de la Sierra el historiador boliviano Hernando Sanabria Fernández, Individuo de Número de la Academia Boliviana de Historia y correspondiente de la Real Academia Española.

El nombre de este Académico Sanabria, Hernando, ha sido tradicional de la familia hispánica. Durante el siglo XVI aparece en tierras del Plata y Paraguay el Obispo Hernando Sanabria que proyecta su acción cultural en dichas regiones y, en Venezuela, desde el siglo XVIII el apellido Sanabria ha ofrecido al país un aporte sostenido de cultura ya sea en lo jurídico, en lo político como en lo educativo, pues un Sanabria fue el creador, en la hora de Guzmán Blanco, de la instrucción popular, gratuita y obligatoria.

De seguida publicamos el artículo de la ex agregada cultural de la Embajada de Bolivia en Venezuela, Raquel Moreno de Rojo, quien explica la trayectoria humana y bibliográfica del ilustre académico desaparecido.

El 20 de agosto de 1986, dejó de existir en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra (Bolivia), el Dr. Hernando Sanabria Fernández, hombre de gran prestigio por la amplitud de su criterio y por la profundidad de sus obras de alta factura literaria.

Historiador, novelista, poeta, ensayista, folklorista, crítico, periodista, que dedicó toda su vida al estudio y a la investigación histórica. Con su fecunda y constante labor contribuyó a enriquecer el acervo cultural-histórico, no sólo de Bolivia sino de Latinoamérica.

Nació en la ciudad de Vallegrande el 12 de diciembre de 1913, donde cursó sus primeros estudios y en la ciudad de Sucre hizo sus estudios secundarios y universitarios. Desde muy joven, se dio a conocer por sus altas dotes literarias con un lenguaje rico en matices y vocabulario.

En la Universidad Gabriel René Moreno se graduó de abogado y posteriormente fue profesor de Historia y Geografía en el Colegio Nacional Florida y en la Universidad en la que se graduó dictó diversas Cátedras, llegando a ser Decano de la Facultad de Derecho, Vice Rector y Director de la Biblioteca Central.

También desempeñó el cargo de Director de la Casa de la Cultura durante muchos años.

Ejerció la Cátedra con esa mística que le caracterizó toda su vida, e hizo gala de su caballerosidad y don de gentes en todos los cargos que le tocó desempeñar.

Durante su permanencia en Europa, representó dignamente a Bolivia como Agregado Cultural en la Embajada de España, haciendo conocer los valores culturales e históricos poniendo muy en alto el nombre del país. Fue también un asiduo visitante de los museos, bibliotecas y archivos europeos con lo que enriqueció más su cultura. El gobierno de la República Federal Alemana, le invitó a visitar dicho país, allí recopiló datos e información en fuentes documentales para la biografía de

* Ex agregada cultural de la Embajada de Bolivia.

Schmidl. El relevante papel que desempeñó en sus funciones diplomáticas e intelectuales le granjeó el reconocimiento de los círculos literarios y la élite europea.

En el diario quehacer de su labor docente y la investigación, el Dr. Sanabria encontró espacio para dedicarse con especial dedicación a otros campos de la literatura como la etnografía, la biografía, el cuento, el teatro, la lingüística, alcanzando gran prestigio dentro y fuera del país.

Realizó una profunda y rigurosa investigación de la obra Cervantina y de la documentación relativa a la conquista y colonización de América, especialmente del Oriente Boliviano, fundación de Santa Cruz de la Sierra, Puerto Suárez, San Matías y otros pueblos y ciudades, colonización de Moxos y el Beni, hombres ilustres, pioneros en las exploraciones, fundadores, cronistas, gobernadores de la época colonial. Recopiló la obra del ilustre historiador Gabriel René Moreno. Hizo importantes estudios y escribió sobre la explotación del caucho y la cascarilla o quina, también investigó sobre las misiones Jesuitas y Franciscanos.

Merece especial mención la recopilación y rescate de los modismos y dichos populares cruceños y la interpretación humorística de éstos. Así como también las investigaciones etnográficas-antropológicas sobre las poblaciones guaraníes Chanés, Itatines, Chiriguano, Guarayos, Chiquitanos.

Compuso también letras para composiciones musicales Taquiraris, Carnavallitos, Chovenas, con ese sabor de la tierra y su gente, costumbres, modismos, que también cosecharon grandes éxitos y popularidad.

Entre su prolífica producción literaria podemos mencionar algunos de sus libros que conocemos, aunque muchos de ellos escapan a la memoria. Citaremos: Francisco Javier de Aguilera, Cañoto, Breve Historia de Santa Cruz, Textos de Geografía para el Ciclo Secundario, Cronistas Cruceños del Alto Perú, Crónica Sumaria de los Gobernadores de Santa Cruz, Actas Capitulares de Santa Cruz de la Sierra, Homenaje de Santa Cruz de la Sierra en el IV centenario de la muerte de Ñuflo de Chávez, En Busca del Dorado o la Colonización del Oriente Boliviano por los cruceños, Gabriel René Moreno.

Otros libros que merecen destacar son: Bosquejo de la contribución de Santa Cruz en la formación de la Nacionalidad, Los Chanés, El idioma Guaraní, Cancionero popular de Vallegrande 1955, Los mejores carnavales de la Guardia Vieja, 1961, El habla popular de Vallegrande 1965, Geografía Física y Biológica, Geografía Económica, Crónica de la Ciudad de Jesús y Montes Claros de los Caballeros 1971, Apiaguaqui-Tumpa 1972, Ulrico Schmidl 1974, La de los ojos de luna, novela 1974, El habla popular de Santa Cruz 1975, Figuras de Antaño 1976, Fuentes para la historia de Andrés Ibáñez 1977, Tradiciones, Leyendas y Casos de Santa Cruz de la Sierra 1979, Biografía de un Río PIRA=Y, IUPARESA 1984, Cristóbal de Mendoza, La ondulante vida de Tristán Roca.

Mencionaremos también el libro Miguel Suárez Arana y la Empresa Nacional en Bolivia y la novela La Muña ha vuelto a florecer. En esta última con una fluidez estilística describe el paisaje de los Andes y la llanura, matizando el diálogo y la prosa en una forma amena y sencilla.

En el año 1976, fue publicado en el Boletín de la Sociedad de Estudios Geográficos e Históricos de Santa Cruz de la Sierra un interesante y novedoso ensayo, muy bien documentado y con una escogida y selecta bibliografía. Se titula "Un compañero de Cervantes en tierra de Charcas", hoy Bolivia. Don Pedro Ozores de Ulloa es el nombre del contemporáneo y compañero de armas en la batalla de Lepanto, del autor de "Don Quijote". Con este estudio, el autor nos ratifica su inquietud por indagar y consultar fuentes documentales para hacernos conocer ciertos hechos y personajes históricos importantes que son poco conocidos.

"Cervantes y Don Quijote en la Literatura Boliviana", es el título del Magistral Discurso de Incorporación que pronunció el Dr. Hernando Sanabria para su ingreso a la Academia Boliviana de la Lengua correspondiente a la Real Española, en donde hace gala de la pureza del idioma y el refinamiento de su estilo y su erudición.

En este brillante estudio merecen especial mención los párrafos en los que se refiere a la solicitud que hizo Cervantes al Rey de España a través del Consejo de Indias en la que manifiesta claramente el deseo de ocupar el cargo de Corregidor de Chuquiago La Paz (Bolivia), empleo que estaba vacante al igual que la Contaduría del Nuevo Reino de Granada, la Gobernación de Soconusco en Guatemala, o la Contaduría de las galeras de Cartagena. Cargos que le fueron negados. Consigna también una Bibliografía y comentarios sobre lo que se ha escrito en Bolivia sobre temas ligados a Cervantes y sus obras.

Es de reconocer en las obras del Dr. Sanabria Fernández, la preocupación constante del buen ciudadano, interesado siempre en la divulgación de la Historia, cultura, costumbres y tradiciones de la tierra camba, con una narrativa muy rica y lograda que hace transportar al lector al ambiente, época y lugar en donde se desarrollan los sucesos.

La Bibliografía a la que hace referencia en sus libros, así como las fuentes documentales, expedientes y archivos a los que menciona y sirven de fundamento a sus interpretaciones, consideramos a nuestro modesto juicio que dan una innegable credibilidad, seriedad y valor histórico por el enfoque que él les da y el aporte que ofrecen sus estudios a la cultura americana, proporcionando a la vez una gran ayuda a otros investigadores.

Quedan algunos libros y trabajos publicados en revistas y periódicos sin mencionar de este ilustre hijo de Santa Cruz, que es considerado como uno de los altos valores de las letras bolivianas. Deja en ellas, en la sociedad y en su familia un gran vacío, donde se le recuerda con admiración y respeto.

Enero de 1987.

CORONEL JOSE LEON LAMEDA,
UN IGNORADO PROCER CAROREÑO

Por OLDMAN BOTELLO

Una vez finalizada la guerra emancipadora en 1821, un año después aparece en Villa de Cura, posiblemente como integrante de algún cuerpo que patrullaba la zona llanera, el Comandante José León Lameda, un prócer nativo de Carora de quien no se conocen mayores detalles, especialmente los de su participación en la lucha libertadora; en algunos documentos se le menciona como Teniente-coronel y en otros Coronel, quizás por ascenso en fecha posterior a la conclusión de la guerra.

Los Lamedas de Carora

Dice Ambrosio Perera en su *Historial genealógico de familias caroreñas* que fue don José Lamedas el fundador de ese apellido en la localidad larense, natural de Puerto Alegre, España y quien casó en la ciudad del *Morere* el 28 de mayo de 1662 con doña María López de la Huerta y también añade Perera que hay muchos miembros de la familia firmando *Lameras*.¹

José León Lamedas en Villa de Cura

Ni en el enjundioso *Procerato Caroreño*, ni en el Procerato larense que dio a conocer el bachiller Miguel Gil Gutiérrez en 1928 y que cita el historiador R. D. Silva Uzcátegui en su *Enciclopedia Larense*² se menciona al Coronel José León Lamedas, quien sin embargo, en su testamento dictado en Villa de Cura dice que una de sus propiedades en esa localidad "... me la dio el gobierno en pago de mi haber militar...".³

Es posible que la llegada de Lamedas a Villa de Cura, actual capital del distrito Zamora del Estado Aragua haya ocurrido en 1822. Allí se enamora de Ana Díaz, sencilla mujer del pueblo, hija natural de Felipa Díaz. Por su parte, Lamedas era hijo de Francisco Lamedas y Francisca Rosalía Serrano, ambos caroreños.

El Coronel Lamedas contrae matrimonio el 17 de febrero de 1823 en la iglesia parroquial de San Luis de Cura, en ceremonia donde fueron testigos el prominente dirigente político, Alcalde en varias oportunidades y jefe político de la ciudad, don Mateo Zamora, quien sería tío del general Ezequiel Zamora; y su esposa Manuela Gómez de Zamora.⁴

1. PERERA, AMBROSIO. *Historial genealógico de familias caroreñas*. Carora: Tipografía Arte, 1933, t. I, p. 81.
2. SILVA UZCÁTEGUI, R. D. *Enciclopedia Larense*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, Biblioteca de Autores Larenses, 1, 1981, t. I, pp. 395-398.
3. *Registro Subalterno de Villa de Cura*, Protocolos, 1839, f. 1-2 v.
4. *Archivo Parroquial de San Luis de Cura*, Libro de Matrimonios N° 5, 1822-1831, f. 9.

De esa unión marital nacerían Carolina, José León y Lisandro Lamedada Díaz; dos más, José de los Santos y Antonio, fallecieron muy pequeños. José León Lamedada hijo nació en 1826 en Villa de Cura, estudió Derecho, fue destacado periodista, autor de libros de Derecho, Historia, colaborador de numerosos periódicos y revistas, entre ellas *El Cojo Ilustrado*; su trabajo más completo fue *Historia militar y política del general Joaquín Crespo*, publicado en colaboración con Manuel Landaeta Rosales en 1897; en la política se desempeñó como Ministro del Interior y Justicia en dos oportunidades, Parlamentario en el Congreso, miembro de varias instituciones culturales y científicas del exterior; fue Cónsul de Argentina en Caracas durante 20 años consecutivos. Murió en Caracas el 30 de mayo de 1898;⁵ nieto suyo fue el periodista Luis Alejandro Aguilar Lamedada, redactor de *La Revista*, publicación que comenzó a circular en Caracas en la segunda década de este siglo.

El Coronel León Lamedada recibió como haber militar por su participación en la guerra de independencia, la hacienda *Tucutunemito*, ubicada en el valle del Tucutunemo, en Villa de Cura, la cual le fue expropiada al emigrado español Pedro Iñurrátegui, quien abandonó al país en 1821.

Lamedada trabajó la tierra incesantemente y no se le conoció participación en las guerras intestinas posteriores. Tuvo muchos esclavos; en su hacienda *Tucutunemito* fomentó el cultivo de la caña de azúcar en un feraz valle que aún, como en los mejores días de la Colonia, continúa siendo uno de los graneros del Estado Aragua y de la Región Central del país.

En 1825, cuando se anunció la entrega de créditos para el fomento de la agricultura, Lamedada solicitó el suyo por 8.000 pesos y figura entre los aspirantes por la Provincia de Caracas.⁶

En 1830 aparece como padrino de bautizo de María Salomé, hija de su esclava Luisa, en la Iglesia de Villa de Cura.⁷

En 1839 tenía 14 esclavos y 8 manumisos: Fernando, Pedro, Andrés, Pedro José, Luciano, Felipe, José María, Juan, José, Ramón, Francisca, Isabel, Juana María, Dolores y Luisa, y los manumisos Valentina, Sabina, Nemesia, Evarista, Agustín, Benito, Bernardino y Catalino.⁸

En los últimos días de abril de 1839 se sintió gravemente enfermo y el 4 de mayo siguiente dicta su Testamento en presencia de sus amigos José Jaén, Manuel Orta y Basilio Seijas, todos figuras prestantes y propietarios de inmuebles y tierras agrícolas en la ciudad.

Señala como sus bienes una casa de bahareque en la calle Real de Villa de Cura, la hacienda de caña *Tucutunemito* "...la cual me dio el gobierno en pago

5. *El Cojo Ilustrado* publica una biografía de José León Lamedada en su número 94 del 15 de noviembre de 1895, p. 713, escrita por Andrés Jorge Vidas.

6. *Universidad Central de Venezuela*. Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico. *Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela*. Caracas: Imprenta Universitaria, 1964, t. I, p. 447.

7. *Archivo Parroquial de Villa de Cura*, Libro de Bautismos N° 15, 1837-1839, f. 6.

8. Así lo señala en su Testamento firmado en 1839.

de mi haber militar...”, los esclavos ya citados y cinco yuntas y media de bueyes junto con 12 burros. Manifiesta que le debe 200 pesos a Trinidad Celis; dice que le dará la libertad a su esclava Juana María pero si lo atiende hasta su muerte; distribuye sus bienes entre su esposa, hijos y esclavos.⁹

Su cuadro clínico sigue empeorando y el 26 de julio de 1839 arrienda desde su lecho de enfermo la hacienda a Julián García y la cual se componía de 16 tablonnes de caña, 13 esclavos y 5 manumisos.¹⁰

El 11 de noviembre de 1839 fallece en su casa de Villa de Cura el coronel José León Lamedada, a quien como lo solicitó en su testamento, después de los honores militares correspondientes a su rango se sepulta en el cementerio viejo de Villa de Cura y al año siguiente de su muerte seguramente, atendiendo a su postrer deseo, se le enterró a los pies del altar de Nuestra Señora de las Mercedes en la iglesia local, donde tal vez permanecerán. De este cementerio se salvó la osamenta del capitán Juan de Dios Agraz, corneta de órdenes del Libertador Simón Bolívar, que fueron trasladados a la misma iglesia; pero otra suerte corrieron los restos del Dr. Luis Tomás Peraza Ayala y Rodríguez, participante en la conspiración de Gual y España y en el Congreso de Angostura. Este cementerio viejo desapareció en la segunda década de este siglo.

Su hijo aparece en un documento de 1856 como Comandante Lisandro Lamedada en unos trámites relativos a la abolición de la esclavitud, se dedicó a la agricultura en la Urovincia de Carabobo. Se ve que también siguió la carrera de las armas y seguramente se vio envuelto en el desarrollo de la Guerra Federal, posiblemente en el bando Centralista.

Este prócer de la independencia que fue el Coronel José León Lamedada, de distinguida familia e importante descendencia ha permanecido ignorado y ya es hora de que se rescate su nombre entre las figuras que contribuyeron a la forja de la Nacionalidad.

EL ITINERARIO BOLIVARIANO EN LA MITAD DEL MUNDO

Por JORGE W. VILLACRÉS M.

En el actual territorio de la República del Ecuador, en donde un grupo de ilustres próceres venezolanos, presididos por Bolívar, escribieron en el pasado, páginas brillantes en pro de la independencia de estos pueblos, bajo el yugo español, por sus actos valerosos y hazañas, que han merecido la gratitud del pueblo ecuatoriano, que ha dado los nombres de esos próceres, a circunscripciones territoriales, cantones, parroquias, plazas públicas y calles en las principales ciudades, en cálido homenaje a la labor desplegada por ellos.

9. *Registro Subalterno de Villa de Cura*, Protocolos, 1839, ff. 1 a 2 v.
10. *Ibidem*, Protocolos, 1839-1840, f. 1.

Bolívar, Sucre, los Generales Luis Urdaneta, León de Febres Cordero, Juan José Flores, el Mayor Miguel de Letamendi, Isabelita Morlás y otros tantos, venezolanos, que actuaron en la historia del Ecuador durante muchos años y si bien algunos de ellos retornaron a su patria, otros quedaron en el Ecuador, formando familias, que han dado a su vez, ilustres hombres que han ocupado altas dignidades en la Magistratura, en las artes, en las letras, en el comercio, etc.

La actuación venezolana en la Independencia de Guayaquil

Guayaquil que durante la época colonial española figuró como uno de los principales puertos que mantenía la Corona en el Pacífico Sur y célebre no sólo por su comercio sino aún más por sus astilleros, era para octubre de 1820 una ciudad tropical, dinámica y laboriosa de unos 14.000 habitantes y, por su posición estratégica, las autoridades españolas le habían dotado de guarniciones que sumaban 1.500 hombres, cifra reveladora de la importancia que se le daba a la conservación del Puerto.

Este pequeño ejército estaba integrado por el Batallón de Granaderos de Reservas, constante de 600 plazas; el Cuerpo de Artillería constaba de 200 hombres; el Escuadrón Daule, constaba de 150 soldados; los Pardos Libres, batallón integrado por 200 negros y mulatos de la Provincia del Guayas y finalmente, la tripulación de las lanchas cañoneras, de unos 250 hombres.

Rumbo a Venezuela, pues, se les había dado de baja en el Batallón "Numancia", por sospechosos de ser adictos a la causa de la emancipación, estaban en Guayaquil tres oficiales, el Sargento Mayor Miguel Letamendi y los Capitanes León de Febres Cordero y Luis Urdaneta, los cuales, es obvio decirlo, se incorporaron a los conspiradores porteños, o sea el grupo formado por el luisianés José de Villamil, artífice de la Revolución, José de Antepara, Luis Fernando Vivero, los hermanos Elizalde, Francisco de Paula Lavayen y, lograron en una fiesta, en víspera del golpe, planificar éste, en forma eficiente en un aposento que se le llamó "Fragua del Vulcano".

En esa misma noche del 8 de octubre, los conspiradores fueron a los Cuarteles y se tomaron dichas dependencias, logrando el éxito por el valor y la pericia de los venezolanos que actuaron conjuntamente con los guayaquileños.

Consumada la Revolución con todo éxito, el día 9 de octubre, se estructuró una Junta de Guerra, bajo la presidencia del Capitán Luis Urdaneta, habiendo ésta efectuado algunas designaciones como la de José Joaquín de Olmedo, en calidad de Jefe Político; el Capitán León de Febres Cordero, se excusó de aceptar la Jefatura Superior de la Provincia, pese a las aclamaciones populares que le pedían insistentemente que aceptara.

Posteriormente fue designada una Junta de Gobierno el 8 de noviembre, la misma que eligió a Olmedo en calidad de Presidente y como Vocales a Francisco Roca y Rafael Jimena y Don Francisco Marcos, en calidad de Secretario, habiendo

Olmedo presentado a consideración de la misma, el Reglamento Provisorio que, a manera de Constitución Política de la Provincia, fue aprobado.

Pichincha, una batalla excepcional por el sitio en que se libró, la estrategia que aplicó el General Sucre y los contingentes que intervinieron

Obtenida su Independencia, Guayaquil se aprestó de inmediato a liberar a sus hermanos del Interior, para lo cual organizó contingentes, que los puso a las órdenes de Febres Cordero y de Urdaneta, Oficiales venezolanos de brillante actuación en la jornada octubrina.

El 8 de noviembre de 1820, en Camino Real obtiene la Columna de Febres Cordero, un magnífico triunfo frente a las huestes realistas que comandaba el General González, lo que permite a las tropas patriotas ocupar posteriormente Guaranda.

Obtenido este primer triunfo, Urdaneta continúa su avance por el Callejón interandino y, en las llanuras de Huachi se bate con las tropas realistas; lamentablemente, el resultado de esta acción fue adverso para la Columna guayaquileña.

Reorganizadas las filas patriotas con nuevos contingentes, salieron nuevamente bajo el comando del Coronel García, pero fueron víctimas de una emboscada muy hábilmente preparada por los españoles, cerca de Tanizahua, con lo que prácticamente quedó extinguida la ofensiva de las tropas de la Costa.

En vista de estos fracasos, debidos más a la estrategia, que al denuedo y valor de los combatientes, impulsó a que la Junta de Gobierno de Guayaquil, solicitara la ayuda del Libertador, y, éste dio satisfacción al pedido, enviando al General Mires, quien llegó semanas después con abundante pertrecho y armas y, posteriormente, arriba, para dirigir personalmente las operaciones, el General Antonio José de Sucre, con tropas.

La Provincia de Guayaquil, celebró con el enviado de Bolívar, un Convenio, mediante el cual, ésta se ponía bajo la protección de Colombia La Grande, al mismo tiempo que, contraía la obligación de suministrar hombres a la campaña que emprendiera la División Protectora de Quito, al mando del General Antonio José de Sucre; y, en esta forma, la antes mencionada División, emprende la liberación de los pueblos interandinos, teniendo un serio enfrentamiento, previamente, en los alrededores de Riobamba, para luego proseguir triunfante a Quito, donde se encontraba el grueso del Ejército español y, es aquí, donde se puede apreciar la estrategia del General Sucre, en sostener una batalla decisiva a más de 3.000 metros sobre el nivel del mar, en las faldas del Volcán Pichincha, donde derrota a las huestes ibéricas, comandadas por Aymerich, contienda guerrera que sella la independencia del Ecuador, el 24 de mayo de 1822, en que intervinieron conjuntamente contingentes armados enviados por Bolívar y por San Martín.

La vinculación de Bolívar y otros venezolanos, al Ecuador

Bolívar, con su genio guerrero logró liberar a un grupo de Colonias, de España, pero al mismo tiempo concibió un cuerpo de normas del convivir interna-

cional, que les sirviera de decálogo y que cimentara la paz. En este aspecto y en sus objetivos de guerra de liberación fue superior a Napoleón I, que, apenas auspició el Código Civil y, en las campañas que emprendió, fueron más sumisión antes que liberación como las de Bolívar.

Como todo humano, tuvo aciertos y errores, más de los primeros que los segundos. Sus enemigos se valieron de cualquier pretexto para acusarlo, como cuando en 1825 creó Bolivia y le dio su Cuerpo constitucional o cuando tergiversando el contenido de una carta enviada desde Buijo a su Gabinete en Bogotá en 1829, como una velada autorización para llevar adelante los propósitos monárquicos que alentaban sus Ministros, propósito cuyo alcance, sin embargo, Bolívar ignoraba; o cuando ante la amenaza del caos, el Libertador asume la Dictadura el 27 de agosto de 1828, en que los santanderistas planearon su asesinato y que si se salvó fue gracias a su compañera Manuelita Sáenz, ecuatoriana, a quien le dio el título de "Libertadora del Libertador".

Y, séame permitido en esta oportunidad, hablaros de la gran vinculación que tuvo Bolívar con esta parte sur de Colombia, que, luego llegara a llamarse República del Ecuador.

El Libertador llegó a Quito, por primera vez después de la Batalla de Pichincha, en 1822, donde conoció a su compañera que lo sería por el resto de su vida en sus infortunios y en su gloria. Se inspiró en la Geografía del territorio, hoy ecuatoriano, para trazar su mayor pieza literario-filosófica: "Mi Delirio sobre el Chimborazo"; y, posteriormente, escoge a esta ciudad de Guayaquil para celebrar la famosa entrevista entre él y el General San Martín.

Peto, entre las posteriores distinciones que hace al Distrito Sur de Colombia, el Padre de la Patria, figura el excepcional gesto que tuvo en sus últimos años de vida: enfermo físicamente, acosado por sus enemigos políticos, cargado de responsabilidades abrumadoras como Gobernante, toma su espada nuevamente y, después de un penoso viaje desde Bogotá, llega a Buijo, a abrir campaña militar o diplomática, contra el ocupante de Guayaquil, que se aferra en mantenerla.

Es aquí, a pocos kilómetros de Guayaquil, que instala su Cuartel General y ofrece al ocupante la disyuntiva: o desocupa inmediatamente pacífica, mediante un tratado de paz o prosigue la guerra. Y, como el ocupante accede a lo primero, Bolívar da instrucciones a ese otro patricio, como fue Don Pedro Gual, guayaquileño de corazón y, que lejos de su amada Venezuela, convulsionada por la guerra civil, murió en esta ciudad en 1862.

Bolívar profesó cariño al Distrito Sur de Colombia y muy particularmente a Guayaquil, que veló hasta el último instante y en momentos difíciles por su seguridad e independencia, en 1829.

Y, ese Distrito, igualmente y en forma recíproca, profesó gratitud, cariño al Libertador, como lo testimonió que el mayor canto literario, del género épico haya venido del Dr. José Joaquín de Olmedo, ese gran vate guayaquileño; o que haya tenido en el mayor abogado y por tanto, defensor contra sus enemigos a Fray Vicente Solano, ese admirable sacerdote cuencano; que el mejor financista y admi-

nistrador en materia económica, fue Don Manuel Echandía, guarandeano, que, por su lealtad y honorabilidad, fue uno de los amigos más íntimos del Libertador, y cuyos restos guarda el Panteón Nacional de Caracas. Quito, Cuenca, Loja y Guayaquil, rindieron ruidosos homenajes al Padre de la Patria cada vez que les visitaba, inclusive en momentos de crisis política, como demostró el Departamento de Guayaquil, el 12 de septiembre de 1826.

Y, el gesto extraordinario de gratitud del Distrito Sur, como se denominara al actual territorio ecuatoriano, fue la invitación para que viniera el Libertador a vivir, al abrigo de sus hijos, cuando el odio y la pasión política cerró las puertas de otras regiones de Colombia.

Por toda esta conducta del Ecuador, para el Padre de la Patria, el Presidente venezolano en 1911, hizo estas declaraciones ante el Continente y el mundo:

“La Corona que el Gobierno del Ecuador, por medio de su importante Delegación, colocó en la festividad del 1º de julio ante el Monumento del Libertador, fundida con el bronce de los cañones de Pichincha, es a la vez un recuerdo de los tiempos heroicos, la delicada expresión de la gratitud de un pueblo, que no se manchó con el lodo de las negaciones y tuvo para el Padre de la Patria, obediencia cuando fue autoridad suprema y afecto ardiente y conmovedor cuando cayó al abismo de la desgracia”.

He aquí, el Ecuador, acreedor del procerato de la lealtad al Libertador, la mayor presea que puede aspirar un pueblo.

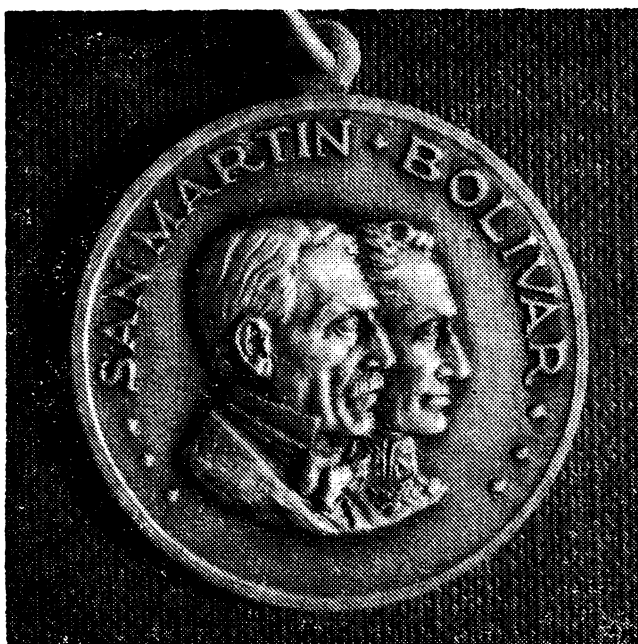
SIGNIFICATIVA MEDALLA CON LOS BUSTOS ACOLADOS DE BOLIVAR Y SAN MARTIN

Por EZEQUIEL URDANETA BRASCHI, HIJO

Se trata de una Medalla de la Asociación Numismática Argentina (A.N.A.) conmemorativa de la Exposición de Adhesión al 50º Aniversario del Instituto Nacional Sanmartiniano y Bicentenario del Libertador Simón Bolívar y que describimos así:

Anverso: En el campo, al centro, bustos acolados de los Libertadores José de San Martín y Simón Bolívar, ambos de perfil y mirando hacia la derecha; el primero, en hábito civil y con bigote, y el segundo, con guerrera militar y sin bigote. Alrededor de los bustos referidos y hacia el borde externo de la cara hay una inscripción semicircular que dice: SAN MARTIN - BOLIVAR.

Reverso: En el campo, al centro, figura una leyenda, en ocho líneas paralelas, que reza así: EXPOSICION / DE ADHESION / AL 50º ANIVERSARIO / DEL INSTITUTO / NACIONAL SANMARTINIANO / Y / BICENTENARIO / DE SIMON BOLIVAR. Alrededor de esta leyenda y hacia el borde externo de la cara hay otra leyenda, de carácter circular, que dice así: ASOCIACION NUMISMATICA ARGENTINA - DIA DE LA NUMISMATICA 13-IV-1983.



Metal: cobre plateado viejo (cobre con baño de plata 999).

Forma: circular.

Diámetro: 36,3 m.m.

Grosor: 1,5 m.m.

Borde: liso.

Peso: 15,70 gr.

Colección: Dr. Ezequiel Urdaneta Braschi, hijo. Caracas.

La medalla fue grabada y batida en Buenos Aires, Argentina, por la afamada y hoy secular Casa Piana, S.A., por cuenta y orden de la Asociación Numismática Argentina, con sede en Buenos Aires, para perpetuar en el Día de la Numismática —13 de abril de 1983— la Exjosisión de Adhesión al 50º Aniversario del Instituto Nacional Sanmartiniano y el Bicentenario de Simón Bolívar, que se llevó a cabo en la antes mentada ciudad austral entre los días del 13 de abril al 16 de mayo de 1983, ambos inclusive. En el acto inaugural de este evento hizo uso de la palabra ante un selecto auditorio, integrado por el Presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano, el Señor General de División Don Joaquín A. Aguilar Pinedo, de todos los Miembros de la Academia Sanmartiniana, del Presidente de la Asociación Numismática Argentina (A.N.A.), el señor Profesor Don José María González Conde, y por otras distinguidas personalidades del acontecer nacional argentino, el Profesor González Conde, quien con el talento que lo acredita y la cultura y conocimientos que posee, se refirió, en hermosas y muy bien logradas frases, a la significación de la celebración de las dos efemérides que motivan el reverso de la medalla ahora en examen, aprovechándose tal oportunidad para allí repartir dicha pieza, la cual presenta en su parte superior, adosada a ella, una argolla para pender.

En cuanto a la concepción y logro de la medalla diremos, aunque carente de firma escultórica que la autorice, por lo que al anverso atañe, que el plato original que luego se redujo pantográficamente cuando se confeccionó el cuño anverso, el autor de la escultura fue el consagrado escultor español, hoy fallecido, Pascual Buigues, todo según así me lo ha hecho saber mi querido amigo, el autorizado numismático y medallista argentino, Don Juan José Velasques, afirmación ésta que él fundamenta en la existencia, en Buenos Aires, de una carta personal, de puño y letra del Maestro Buigues, para el Profesor José María González Conde, donde asienta que él es el autor del plato anverso contentivo de los bustos acolados de San Martín y Bolívar; y por lo que al reverso se refiere, y que no es una obra escultórica, que fue realizado a buril directamente en el cuño de acero por el señor Edmundo Suárez, operario calificado de la prenombrada Casa Piana, de Buenos Aires, en base a un boceto diagramado, para tal efecto, por la Comisión Directiva de la Asociación Numismática Argentina.

De la medalla indicada —cobre plateado viejo— se batieron 50 piezas y, también, y con las mismas características que quedaron consignadas precedentemente, se acuñaron en cobre florentino, en bronce florentino, y en cobre dorado viejo, a razón de 50 unidades de cada clase, todo lo que hace un gran total de 200 piezas en las formas ya dichas.

En conocimiento como estoy de que la mayoría de los retratos de hombres ilustres que contiene la medallística argentina del siglo actual son obra del ya mentado escultor y afamado artista Pascual Buigues, quien modelaba como pocos las figuras humanas y de que por ello resultó ser el escultor preferido de las instituciones medallísticas de la Argentina, superando su obra en este campo el centenar de piezas, juzgo de justicia, y por vía pedagógica, traer ahora a colación los datos referentes a tan virtuoso y relevante artista, quien nació en Teulada, Provincia de Alicante, España, el 16 de septiembre de 1897. A los catorce años ingresó en la Academia de Bellas Artes de San Carlos de Valencia, de la que egresaron valores

indiscutibles como Sorolla, Beulliure, los hermanos Pizarro y otros. En la Academia obtuvo la "Beca Roig", preciada distinción que le permitió, entre otras cosas, perfeccionar su técnica, capacitándolo para merecer la Primera Medalla en la Exposición organizada, en aquel entonces, por la juventud artística de Valencia. En 1922 arriba a Buenos Aires, y es cuando, a partir de entonces se dedica a la producción de gran cantidad de obras de su propia inspiración destacándose como un modelista de gran fuste y como, también un especialista en bustos dentro de la escultura de volumen, sobresaliendo entre éstos los por demás famosos de San Martín, Belgrano Güemes, Alem, Miranda y el de San José de Calazans. Durante varios años participó activamente en Concursos y Salas Nacionales Argentinas, donde se hizo acreedor a multitud de premios, entre ellos: el Primer Premio al Artista Extranjero (1938) cuando se llevó a cabo en Buenos Aires el XXVIII Salón Nacional de Bellas Artes.

El Maestro Buigues, falleció en Buenos Aires, en 1980, a la edad de 83 años, y pese a que nunca renunció a su nacionalidad de origen, siempre trató por todos los medios a su alcance de enaltecer el arte argentino. Se puede decir, sin incurrir en equívocos, que vivió por y para el arte, y que en todas sus obras permanecerán inalterables los valores del espíritu suyo y su cultura; y como que, resultó ser uno de los mejores artistas que hasta el momento presente, en la Argentina, ha trabajado el bajo relieve, que es la técnica del arte escultórico que se aplica a la medalla.

Estimamos que no está demás dejar constancia de los siguientes hechos: a) Que la Asociación Numismática Argentina, fundada en Buenos Aires el 4 de noviembre de 1954, es una institución de bien público con personería jurídica y sin fines de lucro en fuerza de Resolución N° 2167/63 del Ministerio de Educación y Justicia de la República Argentina, resultando su actividad exclusivamente cultural y patriótica. A través de más de seis lustros de existencia con que cuenta, ha realizado una dilatada labor en la Argentina, editando y auspiciando gran número de medallas vinculadas con distintos acontecimientos, algunos del más alto nivel nacional, exposiciones, organizado cursos, conferencias, clases, publicado trabajos especializados y asesorando a entidades oficiales de gran jerarquía; otorga distinciones y ha concurrido a Congresos internacionales. Sillar de todo esto ha sido, desde su fundación, la indiscutible y jamás negada actividad que le ha consagrado a dicha institución, con idoneidad y gran desinterés, su hasta ahora Presidente el ya tantas veces mentado Profesor José María González Conde; b) En cuanto al Instituto Nacional Sanmartiniano, tenemos que decir fue fundado en Buenos Aires el 5 de abril de 1933, con la denominación de Instituto Sanmartiniano. Posteriormente, un año después, se constituyó en institución jurídica nacional, agregándole a su denominación original la palabra Nacional. Es desde entonces que cuenta con su razón actual: Instituto Nacional Sanmartiniano. Esta Institución es apolítica, con régimen autónomo y tiene por objeto enaltecer la memoria del Libertador José de San Martín, difundiendo por todos los medios a su alcance el conocimiento de su vida y de su obra, como también el de su ideario, para la mejor orientación de las nuevas generaciones; y, c) Que el Día de la Numismática en la Argentina fue instituido, a pedimento de una delegación de la Asociación Numismática Argentina, presidida por su Presidente, el señor Profesor José María González Conde, por el Segundo Congreso de Historia de Cuyo, celebrado en la ciudad de Mendoza, en el mes de abril de 1961,

el que aprobó por unanimidad que, a partir de ese momento se considerara en el ámbito de la República Argentina el 13 de abril de cada año como Día de la Numismática, en virtud de que ese día de 1813 la Soberana Asamblea General Constituyente, reunida en Buenos Aires, ordenó la acuñación de la primera moneda argentina. A partir de entonces la celebración ha tenido lugar en numerosas ciudades de la Argentina.

El hecho de hacer figurar los bustos acolados de San Martín y Bolívar en el anverso de la pieza de que nos ocupamos ahora, es constitutivo, a nuestro modo de ver, de un merecido homenaje de reconocimiento que rindió la Asociación Numismática Argentina (A.N.A.), y que la enaltece en grado sumo, a quienes, gracias a sus ejecutorias, en sus respectivos campos, se cubrieron de gloria, en la lucha por el logro y consolidación de la independencia en territorios de la América del Sur subyugados por la Monarquía Española, hechos que, con justicia y sin mezquindades, han sido del reconocimiento y agradecimiento con carácter de veneración por parte de sus pueblos. Ya para el porvenir, después de este homenaje que ha quedado perpetuado en el bronce, exaltar a Bolívar o a San Martín, no equivaldrá a la negación del uno o del otro, como realmente fueron ambos: dos grandes americanos signados de inmortalidad.

Conceptuamos en torno a los bustos acolados de los dos héroes antes referidos que aparecen en el anverso en la medalla, que resultaron magistralmente logrados por parte de su autor, el ya tantas veces mentado escultor Pascual Buigues, por cuanto que las efigies de ambos Libertadores encierran una fuerza expresiva y una elocuencia poco comunes, que logran, en última instancia, un impacto emocional grande. Resulta, pues, este trabajo de Buigues una obra de arte, en el sentido lato y extensivo de la palabra, donde se palpa la belleza y hermosura, todo dentro de un equilibrio incomparable.

Para terminar sólo réstame dejar constancia que, en fuerza de todo lo dicho precedentemente, la medalla estudiada la encontramos revestida de gran aprecio que la hace gozar de un valor muy especial y cierto en el campo de su especialidad, y como el que, la debemos por obsequio que de ella nos hizo, encontrándonos en Buenos Aires, en el mes de julio de 1984, nuestro distinguido colega y muy querido amigo el señor Profesor Don José María González Conde.

Caracas: 22 de octubre de 1986.